



ESPERANDO

La Cigüeña

Valeriam Émar

**Esperando
La Cigüeña**

Valeriam Émar

A Él, mi amigo, todas las menciones

Título: Esperando la cigüeña

Copyright © 2018 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

2. LUNA DE MIEL

3. LAS PAREDES ESCUCHAN

4. UN GIRO INESPERADO

5. LA NUEVA SEÑORA SMITH

6. LA FAMILIA POLÍTICA

7. EL PASADO SIEMPRE VUELVE

8. EL TEMPANO SE DESHIELA

9. ARENA Y EL MAR AZUL

10. LA NEVADA DEL AÑO

11. INVITADOS, MÁS INVITADOS

12. LO QUE OCULTAN LOS ARMARIOS

13. TODOS SON SOSPECHOSOS

14. UN CRIMEN NO ES SUFICIENTE

15. EL BEBÉ MÁS DESEADO

16. INTERROGANDO A SOSPECHOSOS

17. UN NUEVO SOSPECHOSO

18. EL ASESINO SE REVELA

19. LOS CABOS SUELTOS SE ATAN

EPÍLOGO

PRÓLOGO

MIRÓ incrédula al matrimonio Smith y esperó a que le dijeran que era una broma lo que acababan de pedirle. Abrió grande sus ojos azules. Ellos no tenían la menor intención de retractarse. Los padres de Lennon se habían aparecido por su casa, no tenía la menor idea de cómo habían conseguido su dirección después de tanto tiempo sin verse, y ellos le ofrecieron a su hijo para que contrajera matrimonio como si estuviesen vendiendo uno de sus caros palos de golf. ¡Los matrimonios arreglados por los padres habían acabado hacía dos siglos atrás!

—¿Ustedes no hablan en serio, verdad? —preguntó despacio.

Margaret Smith dejó su taza de té sobre la mesa y sujetó una de sus manos entre las suyas.

—Nunca hemos hablado más en serio, cariño.

Ella parpadeó.

—Vale, a ver si entiendo, se aparecen en mi casa después de tantos años sin tener contacto, ¿y me piden que me case con su hijo?

Charles Smith, el padre de Lennon, se secó la transpiración de la frente con el pañuelo y dijo:

—Sabemos que lo que te pedimos puede que te resulte difícil digerirlo a la primera vez, y tal vez hasta te parezca una locura...

—¡Es que es una locura lo que me piden! —gimió.

—Lennon no es el mismo muchacho de antes, y nos preocupa cómo puede acabar —añadió Margaret.

Lennon era un hombre adulto y podía reconocer muy bien cuáles eran las consecuencias de sus acciones. Sus padres no buscaban una esposa,

buscaban una niñera.

—Lo siento, pero no puedo ayudarlos.

—Obtendrás mucho dinero a cambio —replicó el señor Smith, en un tono desesperado.

Arrugó el entrecejo.

—¿Ahora intentan comprarme? —cuestionó, asqueada.

—No, claro que no, cariño —repuso Margaret—. Lo que Charles intenta decir es que si te casas con Lennon, él cobrará una cuantiosa cantidad de dinero. Su abuelo dejó por escrito en su testamento que para que él tocara su herencia, debía casarse y tener un heredero y el plazo se cierra en pocos meses.

—¿Heredero? —Repitió—. ¿Ahora también incluyen un hijo en la historia?

—Entre mujer a mujer, ¿no sueñas con ser madre?

¿Si soñaba con ser madre? En los últimos meses era en lo único en que pensaba. Estaba cerca de cumplir los treinta y tres años y veía muy lejos esa posibilidad con el método tradicional. Esa era la razón por la que estaba tomando muy en serio la posibilidad de ser madre soltera y buscando especialistas para cumplir ese deseo.

—Sí, pero no de este modo, señora Smith —dijo—. Dudo que Lennon esté de acuerdo con todo esto. Además, hace tiempo que no nos vemos y no puedo aparecer en su vida de la nada.

Charles intercambió una mirada cómplice con su esposa y luego dirigió la vista hacia ella.

—¿Sabes cómo te hemos encontramos?

Ella negó con la cabeza.

—A través de un investigador privado.

Echó el rostro hacia atrás y unió las cejas en un ceño fruncido.

—¿Me estuvieron siguiendo?

—No a ti, sino a Lennon —se apresuró a responder Margaret.

—No entiendo...

—Cómo te hemos dicho desde el principio, nuestro hijo nos preocupa —dijo el señor Smith—. Después de lo que sucedió con Vivian, él se mantuvo distante de la familia.

Vivian había sido la hija menor del matrimonio Smith. Ella había sido su mejor amiga cuando era más joven. Vivian había quedado atrapada en medio de un robo en una tienda y perdido la vida cuando el maleante le disparó. Todavía le era doloroso recordar el modo de cómo había perdido a su primera gran amiga.

—Contratamos a un investigador privado para asegurarnos de que Lennon no estuviese metido en ningún problema, ya que nos ha hecho a un lado de su vida y no sabemos que es lo que hace la mayor parte de su tiempo —continuó—. Y las fotos que el detective nos entregó, aparecías tú, Alegra. Te reconocimos de inmediato, y nos hizo feliz porque nos recordaste a Vivian.

Ella había vuelto a ver a Lennon hacía unos meses atrás en un viaje a las Filipinas que había hecho con una amiga. Pero era como si no lo hubiera visto porque él no la había reconocido. Ella se había hecho pasar como una turista cualquiera que estaba disfrutando de unas playas paradisíacas y tenía un romance de verano con un hombre apuesto. Se había presentado con su nombre de pila, Alegra Hamilton, y él siempre la había conocido por el apodo que le habían puesto en el instituto: Willy-Pop. La última vez que había visto a Lennon siendo Willy-Pop había sido cuando ella era una chiquilla que estaba locamente enamorada del hermano mayor de su mejor amiga. Y él se había ocupado de romperle el corazón a una adolescente del modo más torpe que se pudiese imaginar. Lo había hecho delante de sus arrogantes amigos y

dejándole en claro que él nunca estaría con una chiquilla como ella.

Y cuando lo encontró en sus vacaciones, disfrutó tirarle abajo su teoría.

—Lennon nunca supo quién era —les contó solo esa parte—. Y no lo he vuelto a ver desde ese viaje.

—Podemos arreglar un encuentro —insistió Margaret.

—Saben que quise mucho a Vivian —les dijo—. Pero no puedo casarme con su hijo.

El señor Smith exhaló una bocanada de aire.

—No podemos obligar a Alegra para que se casé con nuestro hijo, Margaret —expresó—. Para ella serían una tortura los tres años que tendría que estar casada con él. Porque solo serían tres años —repitió como si no lo hubiera escuchado la primera vez—. Hasta a mí me daría escozor tener que estar en tus zapatos. Lennon será nuestro hijo, pero no es más que un holgazán que disfruta vivir de nuestro dinero.

—Gracias por comprender.

—Aunque Vivian hubiera estado feliz que te casaras con su hermano —murmuró, disparándole directamente al corazón—. Todavía las recuerdo haciéndose pasar por cuñadas mientras jugaban.

Tragó saliva. Vivian le había hecho prometer que ella se casaría con Lennon para que fueran hermanas de verdad. Margaret se enjuagó una lágrima de la mejilla con la mano y su corazón no pudo ser más blando.

—Disculpa por haberte hecho perder el tiempo.

Puso los ojos en blanco. «Estúpida, estúpida, estúpida», se maldijo a sí misma. Iba a arrepentirse por lo que estaba a punto de hacer.

—¿Dicen que solo serían tres años?

Margaret regresó a su asiento.

—Sí, querida —afirmó.

—¿Y debemos tener un hijo?

—Lennon es un hombre apuesto, no creo que te cueste mucho.

No le había costado nada cuando lo encontró en las Filipinas.

—Vale, pero después del divorcio quiero tener la custodia completa de mi hijo —les pidió—. Y también el niño llevará mi apellido.

—Se hará como tú quieras, querida —asintió con una amplia sonrisa.

—Y nos aseguraremos de que a nuestro nieto no le falte nunca nada —añadió Charles.

Margaret sacó un folleto de su bolso y se lo entregó

—Lennon estará en esta exposición de arte el viernes por la noche.

—¿Y si él no quiere casarse?

El señor Smith esbozó una media sonrisa.

—Ninguna persona en sus cabales rechazarían cincuenta millones de libras, querida —comentó—. Y muchos menos alguien como Lennon.

—Si quieren que esto funcione, su hijo no debe saber que soy Willy-Pop, por lo menos hasta que estemos casados.

Todavía recordaba sus últimas palabras: «¡Lárgate Willy-Pop! Si te vuelvo a cruzar, te juro que te escupiré en la cara. Mi hermana se ha ido, y ya no tienes excusas para regresar a esta casa».

—No te preocupes, te ayudaremos a mantenerte en el anonimato.

1. HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

ELLA estaba a punto de casarse. Nunca había soñado con una boda pomposa, pero tampoco con una sin amor. Por más que ella hubiese estado enamorada del novio durante toda su adolescencia, sabía que ese amor nunca prosperaría. Tenían un contrato de caducidad. Por tres años el matrimonio Smith debía aparentar ser una pareja feliz. Respiró hondo para relajarse. Su padre le dio una palmadita en el brazo y le dedicó su sonrisa más tierna que transmitirle tranquilidad.

—Todo saldrá bien, huesito —le dijo.

Su matrimonio debía ser lo más real posible. Su padre había viajado desde Haití solo para asistir a su boda. Después de que su él enviudara, había tenido la necesidad de sentirse útil y creyó que lo sería si se ofrecía como ayuda humanitaria en los países de bajos recursos que necesitaban de cardiólogos. Él no dudó ni un momento para dejar su puesto importante en el hospital en donde trabajaba y trasladarse hacia un país que no conocía. Y eso hacía que amara aún más a su padre. Creyó que no se merecía tener una hija como ella. Sabía que se sentiría decepcionado si se enteraba que el acto más humanitario que había tenido su hija era casarse con un holgazán para que cobrara cincuenta millones de libras. Y su acto humanitario tampoco era tan humanitario, porque ella obtendría a cambio un hijo. ¡Joder! Se sentía como si fuese la peor persona del mundo.

Exhaló una bocanada de aire y contó hasta tres cuando las damas de honor se acomodaron en su puesto. Era su turno de salir. Caminó despacio por la alfombra roja, aferrándose del brazo de su padre. Estaba haciendo realidad su sueño de pequeña. Iba a casarse con Lennon Smith. Miró hacia

delante y observó como el rostro de su futuro marido iba cambiando a medida que se acercaba. Su sonrisa había desaparecido y sus ojos echaban fuego. Supo que él había descubierto que era Willy-Pop cuando reconoció a su padre que seguía igual que hacía más de diez años. La familia Smith la había ayudado a ocultar su identidad para que Lennon no supiera que ella era la amiga gordita de su hermana. Él se había alejado de su pasado y ahora estaba a punto de casarse con él.

—No sabes la tranquilidad que siento al saber que es a ti a quien entrego a mi hija —dijo su padre—. Sé de la madera que estás hecho muchacho —se inclinó hacia él y susurró—: Ahora podré decir que conozco al novio cuando dé el discurso.

Su padre le dio una palmadita en el hombro a su futuro yerno y se hizo a un costado, para que el párroco comenzara con la ceremonia. Lennon había cambiado el semblante por completo y se parecía al muchacho que supo rechazarla cuando ella le confesó su amor. Él le lanzó una severa mirada y la sujetó del brazo con fuerza, mientras daban un paso hacia el altar.

—¿Tú eres Willy-Pop? —preguntó en un tono para que ella sola oyera, arrastrando cada palabra.

«Willy-Pop», la última vez que la habían llamado así había sido en el instituto. El excedente de kilos que ella tenía en esos momentos, la asemejaban a una ballena y paradójicamente, le gustaba vestirse de colores chillones. Y esa era la razón por la que la habían bautizado como Willy-Pop. ¿Acaso existía algún adulto que podía decir que le gustaba su forma de vestir en la adolescencia?

—Sí —afirmó sin rodeos.

—¿Por qué demonios no me dijiste quien eras?

—Te dije que era Alegra Hamilton.

Él sonrió mordaz y si continuaba apretándole el brazo de ese modo, le

iba a cortar la circulación.

—Sabes a qué me refiero —gruñó.

El párroco abrió su biblia y les sonrió.

—Hoy comienzan una nueva etapa para ustedes... —empezó diciendo.

Lennon abrió la boca y en ese instante sintió terror a que cancelara la boda. No quería que la familia Smith tuviera otra decepción. Además, ella se lo había prometido a Vivian, aunque su boda fuera de mentira.

—Recuerda los cincuenta millones de libras —murmuró antes que él se atreviera a dejarla plantada en el altar.

La boda estaba saliendo de maravillas. Nadie notaba la frialdad con la que Lennon la trataba cuando se quedaban a solas. Todos parecían estar divirtiéndose. Cece, una de las damas de honor y su mejor amiga, la saludó desde su mesa mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Jerry. La hizo feliz verla tan bien con él. Por un segundo, envidió lo que ella tenía con Jerry. Habían logrado que el amor que había entre ambos, hiciera que sus diferencias quedaran en el pasado.

Se sobresaltó cuando su marido se sentó a su lado. «Marido» ¡Qué raro sonaba!

—¿Estás ovulando? —le preguntó.

Parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Pregunto si estás ovulando, cariño.

Ella hizo un cálculo mental.

—No.

—Perfecto, porque lo que menos quiero hacer en este momento es

tocarte un pelo. Lamento si soñabas con un buen polvo en tu noche de bodas.

Él apretó los labios cuando le dio un codazo en las costillas.

—Pensé que estábamos de acuerdo en que cada uno cumpliría con su parte del trato —farfulló él, mientras intentaba recuperar el aire.

Achicó los ojos.

—No necesito que me toques, solo necesito tu semen en un frasco —le recalcó.

Lennon frunció el ceño.

—Mi hijo vendrá del modo tradicional, nena.

—Error, cariño, solo será mi hijo —lo corrigió—. Ese siempre fue el trato.

Se esforzó en sonreír cuando observó a su padre acercarse a su mesa. Él creía que ese era el día más feliz de su niña. Y ella haría todo lo posible para que lo siguiera creyendo.

—Si dices algo inapropiado delante de mi padre, te juro que empezarás a hablar como una ardilla cuando te las corte mientras duermes en nuestra luna de miel, cariño —terminó, bajando la vista a sus entrepiernas.

Lennon se quitó el moño del esmoquin y lo dejó sobre la mesa.

—Esto recién comienza y ya quiero acabar —comentó—. Buen Dios, pero si me he casado con Willy-Pop.

Ella le clavó el tacó del zapato en el pie.

—Ya deja de golpéame —farfulló—. Quiero salir vivo de esta pesadilla cuando todo esto acabe... —se aclaró la garganta y siguió—: ¡Señor Halmiton! —Gimió—. No sabe cuánto me ha emocionado su discurso —él la miró a los ojos—. ¿Verdad, cariño?

—Estoy feliz de que estés aquí, papá —y eso había sido lo más sincero que había dicho en todo el día.

Su padre se inclinó hacia ella y la abrazó.

—¿Cómo iba a perderme tu boda, huesito? —Explayó—. Estamos todos juntos, como en los viejos tiempos.

Lennon tuvo un pronunciado ataque de tos cuando se atragantó con el champán.

—No vayas a enviudar en tu primer día de casada, cariño —se mofó su padre.

Ella acarició la espalda de su marido y sonrió.

—Él se pondrá bien, ¿verdad, cielo?

Lennon entornó los párpados y luego asintió con la cabeza.

Agradeció cuando Sofía, otra de las damas de honor, se acercó y cortó el ambiente tenso que estaba surgiendo entre los novios.

—Deben cortar el pastel —les avisó.

—Excelente idea —repuso Lennon—. Y luego nos largamos.

Sofía, quien creía que la boda era real, les guiñó un ojo.

—Tendrán varias noches para disfrutar de su luna de miel —murmuró en un tono travieso—. Pero solo tendrán una sola boda.

—Bendito Dios, menos mal... —susurró.

Sonrieron para la foto mientras cortaban una porción del pastel. Su marido tomó un trozo con el tenedor y simuló que se lo daría en la boca, pero él la tomó desprevenida y le refregó en la cara la porción del pastel que acababan de cortar. Se quitó crema de la nariz y contó hasta tres para no saltarle al cuello. Él se lo había hecho a propósito. Menudo gilipollas. Sujetó sus mejillas con fuerza y lo acarició con el rostro, limpiándose con su mandíbula, al tiempo que los invitados se reían de las travesuras de los novios. Ellos se habían declarado la guerra. Lennon cogió otro trozo del pastel, pero Jerry, el padrino de la boda, quien sabía la verdad, lo detuvo

sujetándole la mano.

—Han llegado demasiado lejos para arruinarlo ahora —les dijo por lo bajo.

¡Joder! Él tenía razón. Tres años pasaban rápido. Ella estaría divorciada y tendría a su hijo. Lennon resopló.

—Mi esposa es una mentirosa —susurró.

—Yo no te he mentado —replicó.

—Oh, claro, solo omitiste el detalle que eras Willy-Pop.

—Te dije mi verdadero nombre y si tú no me reconociste, ese es tu problema, cielo.

—Tienes cien kilos menos desde la última vez que te vi, ¿cómo diablos iba a reconocerte?

Ella se cruzó de brazos.

—No fueron cien, fueron ochenta —lo corrigió.

—¿Podrían seguir con la discusión cuando se encuentren a solas? —interrumpió Jerry.

Lennon soltó un bufido y luego la besó en la boca para complacer a los invitados. Fue un beso rígido y frío, podía sentir la rabia de él. Su marido no había tomado nada bien que se hubiera casado con Willy-Pop, la amiga de su hermana. Él se apartó y se volteó hacia los invitados, sosteniendo una copa de champán.

—¡Disfruten de la fiesta! —Exclamó él—. Mientras nosotros nos fugamos.

Todos se rieron, pero su esposo lo decía en serio. Miró su alianza de su dedo anular y revoleó los ojos. Ella se había convertido en la señora Smith.

2. LUNA DE MIEL

Edimburgo, Escocia

LENNON no había dicho una palabra desde que habían salido de la fiesta. Él la había sacado de la boda a la fuerza y había querido ir directamente a Escocia, a pesar de decirle que estaba cansada y que quería quedarse en Londres a pasar la noche. Pero su marido se negó y quiso llevarla a su residencia de Edimburgo donde pasarían la luna de miel. Él estaba equivocado si pensaba que tomaría el mando de la relación, si había dejado de protestar, era porque estaba agotada. Apoyó la cabeza contra la ventanilla del coche y cerró los ojos. El capullo había esperado a que se dormitara para subir el volumen de la música.

Apretó los labios y lo miró ceñuda.

—¿No te gusta el rock, cariño? —preguntó él con evidente malicia.

No cuando intentaba descansar.

—¿Así serán los tres años de nuestro matrimonio? —Le cuestionó—.

Desde ahora somos una sociedad, Lennon. No lo olvides, ¿vale?

Él se desabrochó un puño a la vez de la camisa blanca para arremangársela hasta los codos, mientras conducía por la carretera.

—Sigues siendo la misma quejosa de siempre Willy-Pop —masculló su marido para provocarla.

Extendió el brazo y apagó la radio.

—Y tú sigues siendo el mismo capullo de siempre.

Él clavó sus ojos marrones en ella y sacudió la cabeza.

—¿Tú ya sabías quien era cuando echamos un polvo en las Filipinas, verdad?

—¿Podrías no ser tan grotesco?

—¿Qué no sea grotesco? ¡Eras amiga de mi hermana! —Gruñó, mirando otra vez hacia la carretera—. Siento como si hubiese cometido incesto.

A él lo que de verdad le molestaba era haberse casado con Willy-Pop. La gorda del instituto. El Lennon divertido y despreocupado había desaparecido. Era como si el matrimonio lo hubiera transformado en calabaza.

—Pero no soy tu hermana y que me hallas follado no se transforma en incesto —replicó.

—El viaje es largo y necesito que estés bien despierta para que me entretengas, socia —le dijo como si le hablara a una desconocida—. O mañana estaremos en los titulares de las noticias: Una pareja vuelca en la carretera en su noche de bodas.

Ella encendió la radio e hicieron varios kilómetros en silencio.

—¿Por qué dejaste de hablar con tus padres después de la muerte de Vivian?

Él le dirigió una mirada rápida.

—Ese no es tu problema, cariño.

Lennon no había vuelto a ser el mismo desde que su hermana había fallecido. Él se había apartado de su familia y dedicado a la vida fácil: fiestas, mujeres y alcohol. Y venir de una familia adinerada hacía que sus problemas se redujeran.

—¡Ellos te necesitaban! —chilló.

Su marido pisó el freno y desvió el coche a la derecha, deteniéndolo a un lado de la carretera. Ella cayó contra la puerta donde se sujetó con ambas manos. Él aparcó de forma brusca sobre la banquina.

—Si no quieres que tu vida se transforme en una pesadilla en estos tres

años que tendremos que estar juntos, no te metas en mi vida, ¿estamos de acuerdo, cariño?

—Eres un asno, Lennon —respondió—. Si no fueses el hermano de Vivian, nunca te habría elegido como el padre de mi hijo.

Él sonrió mordaz.

—¿Sabes? Cambié de parecer, prefiero que duermas si eso significa que te mantendrás callada.

Lennon abrió las puertas de hierro de la entrada de la casa e ingresó el coche. Se llegaba a la residencia a través de un camino privado bordeado de árboles. Había una pequeña casa situada en el ingreso de los terrenos donde vivían los caseros. La familia Smith pasaba poco tiempo en la propiedad. Todavía no había amanecido y no se podía apreciar muy bien el paisaje. La casa tenía una ubicación magnífica con vistas impresionantes de la ciudad de Edimburgo y Pentland Hills hacia el sur. White House era una imponente mansión de estilo italiano de dos pisos.

Lennon aparcó el coche, se bajó del vehículo y lo rodeó, le abrió la puerta y se inclinó hacia ella para decir:

—Hogar, dulce hogar, cariño —continuó—. Los empleados deben estar descansando porque no esperaban que llegáramos hoy. Tendrás que encargarte tú de las maletas —le avisó.

No esperaba que él la alzara y la ingresara a la casa en sus brazos como lo haría una pareja de recién casados, pero esperaba un poco más de cortesía. Una correntada de aire frío le erizó los pelos de la nuca. Se abotonó el abrigo hasta el cuello y se cubrió las manos con los guantes, a la vez que le clavaba una mirada severa. Mirada que se le estaba convirtiendo en costumbre.

—¡Detente! —Chilló—. ¡Por hoy ya he tenido suficiente de ti! —Estalló al borde de un ataque de histeria—. Me sacaste de mi boda a los apurones, estoy agotada y me muero de hambre... llevo puesto un corsé que me está quitando la respiración, sumando a que me he casado con el capullo más grande de la tierra que tendré que soportar durante tres años —lo apuntó con su dedo acusador y agregó—: No olvides que cobrarás cincuenta millones de libras gracias a mí, cretino.

—Y tú tendrá a nuestro hijo.

—¡Mi hijo, Lennon! ¡Será solo mío!

Él esbozó una media sonrisa y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Te estaré esperando en la alcoba, cielo —dijo—. No te olvides de llevar mi maleta, es la que tiene detalles azules.

Lennon giró los talones y empezó a subir las escalinatas de piedra de la entrada. Sacudió la cabeza, incrédula. ¡Él hablaba en serio! Apretó los labios y salió del coche hecha una furia. Abrió el maletero y cogió el equipaje de su marido, luego lo apoyó sobre el suelo.

—¡Cariño! —Lo llamó. Él se detuvo y se volteó hacia ella—. ¿Es esta tu maleta, verdad?

Su marido entornó los párpados, suspicaz.

—¡No vayas hacer una idiotez, Alegra! —Chilló—. Tengo cosas valiosas en ese equipaje.

Ella enarcó una ceja como respuesta. Arrastró la maleta por el suelo y luego la arrojó sobre los arbustos.

—¡Ven por ella si la quieres, gilipollas! —le gritó.

Lennon bajó corriendo las escalinatas y tomó su valija del maletero del coche, la abrió y desparramó su ropa interior por toda la entrada. Y ella hubiera hecho lo mismo con su ropa, pero su equipaje tenía un jodido

candado.

—¡Lennon Smith, eres un malnacido! —exclamó, recogiendo la lencería sexy que Rachel, unas de sus amigas, le había regalado para su luna de miel.

Él le dedicó una amplia sonrisa triunfadora.

—Solo jugaba a tu juego, cariño —se agachó para coger una de sus pantaletas que utilizaba para aplanar su barriga, la agitó en el aire y añadió—: ¡Vaya! Es una prenda muy erótica. Evita usarla cuando estés conmigo, ¿vale?

Sus mejillas se sonrojaron. Él la hizo sentir como la adolescente con cien kilos de más que había sido. Le quitó de la mano las pantaletas que parecían de su abuela y lo empujó.

—Eres desagradable...

Lennon hizo una mueca con la boca.

—¿Y tú te crees mejor que yo, Willy-Pop?

¡Madre mía! Ella tendría que vivir con ese hombre por tres años. Pero qué locura había hecho. La garganta se le hizo un nudo y sintió deseo de llorar.

3. LAS PAREDES ESCUCHAN

WILLY-POP, él se había casado con la insoportable amiga de su hermana que de adolescente le gustaba acecharlo. ¿Y si ella nunca se había olvidado de él? ¿Se había casado con una psicópata! Una sexy psicópata que sería la madre de su hijo. Puso los ojos en blanco cuando su esposa empezó a llorar. Genial. Si había algo que no podía soportar, era ver a una mujer llorar. ¿Qué más podía pasarle? Exhaló una bocanada de aire y le enseñó su mejor cara de niño bueno.

—Vale, lo siento... la situación me supera y estoy cansado — murmuró, ayudándola a recoger su ropa.

Ella se enjuagó las lágrimas con las yemas de los dedos.

—¿Tú estás cansado? —Repitió, alzando la voz—. Te he salvado el trasero casándome contigo para que cobres tu jodida herencia y lo único que recibo de ti son pullas —se ahogó con un sollozo—. Y no creas que lo hice por ti, gilipollas. Apreció a tus padres y le prometí a Vivian que te cuidaría.

Echó el rostro hacia atrás y frunció el ceño.

—¿Tú me cuidarás? —Dijo—. Oh, cielo, creo que no te has visto al espejo, hasta un viento fuerte te tiraría al suelo.

Ella alzó una ceja.

—Cuidarte de ti imbécil —repuso—. Pronto tendrás cuarentas, no tienes empleo, no sabes que es ser responsable, vives de fiesta y apuesto a que estás en bancarrota intentando complacer a todas tus mujeres.

—A diferencia de ti, me gusta disfrutar de la vida, cariño.

—Madura de una buena vez, Lennon.

—Soy un hombre maduro, niña.

—¿Cuándo fue la última vez que madrugaste? Y no cuenta el día de nuestra boda.

Él dio un paso hacia ella.

—¿Dónde quedó la mujer divertida que conocí en las Filipinas?

—¿Está todo bien? —preguntaron a sus espaldas.

Miró hacia atrás por encima del hombro. Soltó una maldición cuando observó a Andrew, su primo, parado en el umbral, disfrutando de la escena. Él era el hermano mayor de Jerry, su padrino de boda, y quien hubiera cobrado la herencia si él no se hubiera casado.

—¡Estupendo! —Exclamó, esbozando una falsa sonrisa—. Entraremos en un momento.

Sabía que Andrew lo estaría vigilando de cerca, pero nunca creyó que se instalaría en la casa en la misma noche de su luna de miel. Tenía motivos suficientes para sospechar que solo se había casado para cobrar la herencia y en caso de que lo descubriera, White House y los cincuenta millones pasaría a sus manos.

—Dijiste que los empleados estaban descansando —susurró su esposa.

Si su primo oía que su mujer lo había confundido con uno de los empleados de la mansión, la odiaría de por vida. Él era el típico snob que hacía que las clases sociales se diferenciaran. Andrew no se parecía en nada a Jerry, y debía ser esa la razón por la que siempre acudía a él cuando tenía un problema en vez de buscar a su hermano mayor.

—Él no es un empleado, es Andrew, el siguiente de la lista para cobrar la herencia —le dijo en voz baja—. Llegó el momento que te comportes como una buena esposa, o la boda habrá sido en vano.

—¿Y qué hace él aquí? —preguntó Alegra.

Le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia él.

—Vigilarnos, cariño, vigilarnos.

Halló a Andrew en la sala, cerca de la chimenea encendida, cuando ingresaron a la mansión. Llevaba la típica bata de los Smith, el apellido bordado con hilo de oro en la espalda. Vanidades que la familia se permitía para agasajar a los invitados cuando se daba alguna fiesta en la casa. Su primo se calentó las manos en la chimenea y luego se dirigió hacia ellos para besar en las mejillas a su esposa.

—¿Eres Alegra, verdad? —Inquirió—. Soy Andrew, el primo de Lennon.

—Sí, soy la novia —afirmó—. Es un placer, Andrew.

—Mi primo sigue teniendo un buen gusto para elegir a sus mujeres —comentó—. Lamento haberme perdido la boda, pero la invitación no me llegó.

—Debió perderse en el correo —replicó ella.

Su primó le lanzó una mirada de reojo y sonrió.

—Seguramente debió suceder eso.

—No esperaba encontrarte aquí, Andrew —le dijo.

—Y yo no esperaba que pasaran la luna de miel en un lugar tan solitario.

Alegra lo tomó por sorpresa cuando le rodeó la cintura con un brazo.

—En realidad, la idea de venir aquí fue mía —expresó—. Quisimos huir de Londres y pasar la luna de miel en un sitio tranquilo. Creímos que estaríamos solos, ¿verdad, cariño?

Él inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente.

—Por suerte la casa es grande —murmuró—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

Andrew se sirvió una medida de whisky y bebió un sorbo.

—Solo uno días —respondió—. Hasta que Taylor se mejore. Ella ha perdido otro de sus embarazos.

Alegra se llevó una mano a la boca.

—Cuanto lo lamento, Andrew.

—Te acostumbras cuando es el quinto embarazo que pierde.

Pudo sentir el pavor de su esposa de que le sucediera lo mismo que a Taylor. La apretó contra él para transmitirle ánimo.

—La casa es grande y no habrá problemas de que convivamos bajo el mismo techo.

Andrew lo miró por encima de la copa.

—Es bueno oír eso, ya que ahora tú eres el nuevo dueño de White House —inclinó la copa y brindó por ellos—. ¡Por los novios!

Alegra se aclaró la garganta.

—Tendrán que disculparme, pero estoy agotada por el viaje y subiré a darme un baño —siguió—. Te espero en la alcoba, cariño.

—Estaré contigo en un momento.

—Y no te olvides de llevar mis maletas —agregó ella con picardía.

Él chasqueó la lengua.

—No lo haré...

Esperó a que Alegra subiera las escaleras y desapareciera para enfrentarse a su primo y poner al descubierto su farsa.

—Sé lo que intentas hacer y no lo vas a conseguir —le advirtió.

Andrew dejó caer el cuerpo en el sofá y se cruzó de piernas.

—No te mereces un centavo de la herencia —dijo—. Tu boda no es más que una mentira y voy a demostrarlo, aunque tenga que convertirme en tu sombra.

Él se acercó a la licorera y se sirvió una medida de whisky, luego se sentó al lado de su primo y chocó las copas.

—Suerte con eso —explayó—. Tendrás tres años de arduo trabajo.

—Todavía no sé qué fue lo que hiciste para que nuestro abuelo te dejara White House —dijo en un tono cargado de desprecio—. Siempre fuiste un holgazán. Por suerte no te dejó la empresa de la familiar o habríamos perdido todo por tu culpa.

Él tampoco había entendido porque su abuelo lo había dejado en el testamento. Su padre y Andrew eran los que se encargaban de las finanzas de la familia Smith. Ellos eran dueños de varios campos de golf, el legendario White Boll. Había una larga lista de personas importantes que habían pasado por el club: Reyes, presidentes, actores, etc.

—Probablemente también reciba White Boll en diez años.

—Para eso tu matrimonio tendría que durar diez años —replicó su primo—. Y yo no les doy ni uno.

En eso su primo no se equivocaba. Él no duraría casado con Willy-Pop por diez años. Pero no iba a darle la razón a Andrew.

—Tal vez el matrimonio me ayude a enderezarme.

—Intenta no gastar mucho el adelanto de la herencia que te hicieron, porque tendrás que devolverme cada centavo.

Él soltó una carcajada.

—Y Jerry dice que eres aburrido —musitó, dándole una palmada en la espalda—. Agradece que Taylor viniera contigo o pasarías la noche en la intemperie, primito.

Andrew lo miró fijamente a los ojos y esbozó su típica sonrisa de snob.

—Disfruta de tu minuto de gloria, porque White House será mío.

Sacudió la cabeza y se levantó del sofá.

—Apaga las luces cuando te vayas a dormir.

4. UN GIRO INESPERADO

ABRIÓ el grifo de agua caliente y empezó a llenar la tina. Se quitó la ropa y la dejó caer al suelo. Sonrió mientras se veía en el enorme espejo victoriano que tenía adelante, a la vez que se cubría el cuerpo con la bata de raso. Recordó los días que se habían ido y vivido en White House en sus vacaciones de verano. Miraba atrás y veía a Vivian ayudándola a conquistar a su hermano. Irrumpir en la alcoba de Lennon y hurgar entre sus cosas para sentirse más cerca de él. Y así descubrió que su color preferido era el verde, que escuchaba Alanis Morissette a escondida de sus amigos, que tenía muchas enamoradas que le dejaban cartas subidas de tonos, según la percepción de una adolescente de quince años, en la era que todavía no había existido Facebook. Y White House también había sido el último sitio en donde había visto a Vivian por última vez.

Cerró la tapa del retrete y se sentó encima, luego se masajeó los dedos de los pies para calentarlos. «*Willy-Pop te has casado con el hombre que querías*». Lástima que de esa muchacha ya no quedaba nada. Alegra Hamilton era otra mujer, para empezar, tenía cien kilos menos, era más segura y tenía una profesión que adoraba. Era fotógrafa en la revista *Mujeres arriba*. Ella era una mujer moderna que sabía lo que quería: Un hijo.

Oyó que la puerta de la alcoba se había abierto y un segundo después, su marido apareció en el tocador.

—Andrew sabe que la boda es una farsa —dijo, mientras se quitaba la camisa—. Tendremos que esforzarnos un poco más para que sea creíble nuestro matrimonio.

—¿Y qué podemos hacer al respecto?

—No puede vernos con ningún amante, por lo menos hasta que dure el matrimonio —murmuró, al tiempo que se desprendía la hebilla del cinturón.

—A eso dilo por ti, cariño —replicó.

—Tendremos que dormir en la misma alcoba.

Ella soltó un bufido.

—Acordamos que solo la compartiríamos el día que engendraremos a mi hijo, semental.

—Mientras que mi primo esté bajo nuestro mismo techo, eso no podrá ser posible —continuó—. Andrew no descansará hasta salirse con la suya. Él siempre quiso White House.

Frunció el ceño.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le preguntó, cuándo él se quedó en ropa interior y estaba a un paso de quitársela.

—Relajarme en la tina.

Ella entornó los párpados.

—Espera tu turno, cariño.

Él curvó los labios hacia un costado y se sumergió igual en la tina, importándole un demonio que la hubiera preparado para ella, luego se quitó el slip debajo de la espuma y se lo arrojó.

—¿Podrías lavarlo, nena? —la provocó.

Apretó los labios y se quitó de encima la ropa interior mojada. Porque vivieran en una residencia del siglo dieciocho, no significaba que ella se comportaría como la esposa sumisa de esos tiempos. Se levantó del retrete de golpe, se acercó a la tina y lo señaló con el dedo acusador.

—¡No vuelvas hacer esto ni de broma! —Gruñó—. O te juro que hablaré con Andrew y le diré la verdad. Tú serías el único que perdería. ¡Y sal ahora mismo de mi baño de espuma! —le ordenó.

Él se acomodó en la tina y le dedicó su sonrisa de sinvergüenza.

—Los dos perderíamos, cariño.

Ella se sentó en el borde de la bañera y se inclinó hacia él, levantando una ceja.

—Yo ya tengo lo que buscaba —dijo, llevándose las manos al vientre.

A su marido se le borró la sonrisa burlona del rostro.

—¿Qué intentas decir?

—Que estoy embarazada.

—¿Bromeas? ¡Pero ni te he tocado!

—Lo has hecho y varias veces antes de enterarte que era Willy-Pop —repuso—. Olvidé tomar las pastillas con todo el tema de la boda.

Él tragó saliva.

—¿Entonces estás...? ¿Cuándo lo supiste? —Quiso saber. La sujetó del brazo con fuerza y añadió—: No me haré cargo de un niño que no sea mío.

Ella le dio una bofetada.

—¿Por qué me tomas, capullo?! —rugió.

Él se acarició la mandíbula.

—Vale, lo siento, no quise decir eso. ¡Joder! Me has tomado por sorpresa. Nunca pensé que sería tan rápido.

En realidad, ella había dejado de tomar las pastillas a propósito. Corría el riesgo de que Lennon no quisiera casarse con ella cuando descubriera que era Willy-Pop. No era que se orgullecía de lo que había hecho, pero había sido un acto desesperado y no consideró que quedaría embarazada en el primer intento. Había comprado un test de embarazo en una de las paradas que habían hecho durante el viaje a Edimburgo.

—¿Todavía no comprendes, Lennon? —Cuestionó, ceñuda—. Seas o no seas el padre, tú no te harás cargo del niño. Ese fue nuestro trato desde el principio.

Él se pasó una mano por la boca.

—¿Estás segura que... ya sabes?

Tomó su bolso del suelo y sacó el test de embarazo y se lo enseñó.

—Me hice la prueba mientras tú hablabas con Andrew —le contó—. Pero estas cosas suelen fallar... estaré segura cuando me haga el análisis de sangre.

—Mañana compraré otros test para que te hagas hasta que regresemos a Londres y veas a tu doctor —murmuró, al tiempo que se mojaba el rostro—. ¡Vaya! Seremos padres, Willy-Pop. Debes darme el crédito de que he cumplido con nuestra parte del trato.

Soltó un bufido.

—¿Disculpa?

Él había vuelto a recuperar su postura de patán.

—¿Me enjabonas la espalda, cielo? —Le pidió, ofreciéndole la esponja—. Puedes meterte, todavía queda sitio para dos.

—¡Vete al diablo!

Lennon le deslizó un dedo por el brazo, dejándole un rastro de espuma.

—Hasta hace unos días te gustaba que te tocara.

Ella chasqueó la lengua.

—Pero resulta que ya conseguí lo que quería de ti —comentó—. Ya no me eres útil, cariño.

Él se humedeció el labio inferior con la lengua.

—¿Siempre buscaste esto, verdad? Casarte conmigo, llevar un heredero de los Smith. Te hiciste amiga de Vivian solo para seguirme de más cerca y poder cazarme. ¿Acaso pensaste que no sabía de la obsesión que sentías por mí, Willy-Pop? —Aplaudió y siguió—: ¡Felicidades! Haz conseguido lo que tanto quisiste.

Que dudara de su amistad con Vivian la enfureció. Lo golpeó en el pecho con los puños y él la sujetó de la muñeca y la metió en la tina. Empezó a dar pataletas en el agua, llena de frustración, e intentó sumergirle la cabeza cuando él se reía descaradamente de ella.

—¡Cómo puedes decir que mi amistad con Vivian no fue sincera! — Exclamó—. ¡Eres un hipócrita! ¡A ti nunca te importó tu familia! —Se sorbió la nariz con el dorso de la mano—. Abandonaste a tus padres cuando más te necesitaron.

Él adoptó una expresión amenazadora.

—Cierra la boca, Alegre, porque no sabes nada.

—¿Dónde quedó ese muchacho que odiaba las injusticias y quería defender a los más vulnerable?

Lennon le sujetó la barbilla y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Ese muchacho descubrió como era el mundo en realidad.

—No debimos casarnos —dijo—. No podré soportar esto por tres años.

Y lo decía en serio. El hombre que era su marido no se parecía en nada al muchacho que ella una vez supo enamorarse. Tal vez se había hecho una imagen equivocada de él. Apartó la vista hacia la pared cuando Lennon salió de la tina y se envolvió la cintura con una toalla, a la vez que adoptaba una postura ensombrecida e intimidante.

—Si intentas romper el trato que hicimos, te juro que no solo me haré cargo del niño que esperas, sino que tampoco lo volverás a ver. Soy un Smith, nena, no lo olvides. En tu lugar, lo pensaría dos veces —la amenazó.

Ella dobló las piernas y apoyó las rodillas contra su pecho.

—¿Sabes? Cuando era adolescente sentía admiración por ti. Parecías el hombre perfecto para cualquier mujer.

Él enarcó una ceja.

—¿Y qué pasó con esa admiración que sentías por mí, cariño? —
inquirió, sarcástico.

Hizo una mueca.

—Desapareció cuando crecí y conocí al hombre que realmente eres.

5. LA NUEVA SEÑORA SMITH

SE QUEDÓ sin aliento cuando Lennon le dio un manotazo en la boca del estómago mientras dormía. Pasó una mano por delante de su rostro para comprobar si realmente dormía o intentaba deshacerse de ella. No podría sobrevivir una semana si tenían que seguir compartiendo la misma cama con él. Intentó taparse con la poca manta que le había dejado. Se cubrió los ojos con un brazo y resopló. Estaba amaneciendo y ella no había podido dormir ni dos horas completas. De repente, Lennon atravesó su pierna izquierda por encima de ella y empezó a roncar contra su oído. Se quedó mirando el techo y contó hasta tres. Lo apartó de un empujón y él seguía durmiendo como si nada. Por un momento, envidió su sueño profundo. Cogió un calcetín del suelo y se lo metió en la boca para que dejara de roncar. Y cuando había logrado conciliar el sueño, el despertador empezó a sonar.

—¿Cuánto tiempo más pretenderás seguir en la cama? —le reprochó su marido, mientras se ponía un jersey azul con cuello de tortuga.

Ella se volteó y se puso boca abajo, y se cubrió la cabeza con la almohada para que la claridad no le molestara.

—¡Largo! —gruñó.

Sintió una correntada fría por la espalda cuando él la destapó.

—Ya has dormido suficiente, cariño —murmuró el gilipollas—. No bajaré solo a enfrentarme a las hienas. Además, quiero estar cuando conozcas a Taylor. No creas nada de lo que te dice. Ella siempre, pero siempre trabaja para su marido.

Sacó las piernas por fuera de la cama y lo miró con los ojos hinchados e irritados.

—De hecho, no confío en ningún Smith —le aclaró.

Él entornó los párpados.

—Tú ahora eres un Smith —replicó—. Y por lo que más sea, haz algo con ese rostro. Parece que te hubiera arrollado un camión.

Y su camión tenía nombre y apellido: Lennon Smith.

—Veo que es literal cuando dicen que las mujeres se transforman en brujas cuando se casan.

Ella le arrojó el almohadón.

—¡Lo es si a esas esposas les tocan marido como tú! —Chilló—. Y desde esta noche dormirás en la alfombra.

Él soltó un bufido.

—Lo dices como si roncara.

—No solo roncas, te mueves como una bailarina.

—Exageras —musitó relajado, como si hubiera dormido como un ángelito—. Te espero abajo, no tardes.

Sacó de las maletas unos vaqueros, camiseta, un suéter rojo, guantes, bufanda y unos calcetines de lanas. No iba a quedarse todo el día en la casa y el invierno era crudo por esos lados. Se abrigó bien y observó hacia el jardín por la ventana. Estaban cayendo los primeros copos de nieves sobre los árboles. Fijó la vista en la banca cerca del estanque, donde Lennon le había pedido matrimonio. Los padres de él habían fingido que no la conocían y le habían pedido a su hijo que la llevara a la residencia. Ellos habían influido en Lennon para que se le declarase. Y ella les había seguido el juego actuando como la enamorada Willy-Pop. Miró el diamante de su anillo de compromiso y sonrió. En ese entonces había creído que todo sería más fácil.

«Alzó la vista al cielo estrellado y respiró hondo. Había necesitado ser

ella misma por un momento antes de regresar a la cena y seguir actuando como una novia que recién conocía a sus suegros. Ellos la habían ayudado para que tuvieran encuentros casuales con su hijo: en la galería de arte, en su restaurante preferido y conocer a sus padres en su bonita residencia de Edimburgo.

—Si planeas huir de mis padres, ya es demasiado tarde —comentó Lennon a sus espaldas.

Se volteó hacia él y sonrió.

—¿Por qué piensas que es de tus padres de quien quiero huir?

Lennon se humedeció el labio inferior con la lengua y acortó la distancia que había entre los dos.

—Porque... —deslizó el dedo índice por su mejilla y siguió—: No hubieras aceptado venir a conocer a mi familia si no te importara.

Él hacía que ella se sintiera un poco culpable. Sabía todo sobre él y había sido fácil engañarlo para que creyera que ella era su mujer ideal.

—Tus padres parecen buenas personas.

—Lo son —afirmó—. Pero yo no lo soy —añadió—. Debo ser franco contigo, Alegra.

Sus cejas rubias se unieron.

—¿Qué sucede?

Él le sujetó una mano e hizo que rodearan el banco que tenían adelante y se sentaron.

—Tal vez lo que te vaya a decir no te guste, y prometo regresarte a Londres si es eso lo que me pides luego de que te diga la verdad.

—¿Qué puede ser tan grave? ¿Acaso eres un narcotraficante? —se mofó.

—No soy la clase de hombre que imaginas que soy.

—¿Eres gay?

—No —respondió, rápido—. No soy de los hombres que se enamoran, comprometen y quieren formar una familia.

—¿Y por qué me trajiste para que conociera a tus padres? —preguntó, haciéndose la desentendida.

Él se pasó una mano por la boca.

—Ahora es cuando tú vas a odiarme.

—Me estás asustando, Lennon —y amó su actuación de muchacha inocente.

—Eres una mujer hermosa, Alegra.

—Pero...

—La paso bien contigo...

—¿Y?

—Pero no soy un hombre que se enamora.

—A eso ya lo mencionaste.

—No me gustan los compromisos y mi única conexión con las mujeres es cuando follamos, y creo que entre nosotros hay una buena química, ¿no lo crees?

Ella chasqueó la lengua.

—Para eso puedes buscarte una muñeca inflable, cielo —murmuró, despacio—. No soy el objeto de nadie —dijo ofendida, pero también pensaba que él era un excelente amante—. No comprendo porque me trajiste aquí, pudiste follarme en tu departamento... ¡Oh, por Dios! Eres un perverso que quisiste hacerlo con tus padres en la casa —estaba disfrutando ese momento.

—¿Qué? ¡No! —Gimió—. ¡Solo quiero pedirte matrimonio!

Ella cerró la boca. Él lo había hecho. Él le había pedido matrimonio. Aunque había ido preparada para que eso sucediera, no pudo dejar de sorprenderse.

—¿Cómo dices?

Lennon sacó un estuche aterciopelado del bolsillo interno de su chaqueta, lo abrió y le enseñó el anillo con un precioso diamante.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó.

—¿Por qué? —replicó.

—Porque follas muy bien.

Parpadeó.

—Vale, no solo por eso —expresó—. Si te casas conmigo cobraré cincuenta millones de libras.

—¿Cincuenta millones! —Repitió como si recién se enterara—. ¿Hablas en serio?

—Nunca te hubiese pedido matrimonio si no fuese cierto, cielo —dijo, convencido—. Pero no solo es eso, debemos estar casados por tres años y debo tener un heredero.

—¿Te refieres a tener un hijo?

Él asintió con la cabeza.

Sonrió. Había llegado su turno de negociar.

—¿Y me estás eligiendo a mí para que sea tu esposa?

—Si debo casarme, quiero hacerlo con alguien que me resulte agradable pasar tiempos juntos.

—¿Y qué ganaría con todo esto?

Él le alzó el mentón con el dedo.

—¿A mí?

Ella soltó una carcajada.

—Oh, cariño, no vales tanto.

Probablemente Willy-Pop hubiera aceptado ese trato.

—Te daré el uno por ciento de la herencia —le ofreció.

—No quiero tu dinero.

—¿Ah, no? —Gesticuló, sorprendido—. Sé más específica cielo,

porque si no me quieres a mí, tampoco el dinero...

—Quiero al heredero —respondió—. Tendremos un hijo, pero cuando se cumplan los tres años, el niño será solo mío.

Él apoyó el codo en el respaldo del banco y levantó una ceja.

—No puedo quitarle el apellido.

—No pido que se lo quites —le aclaró—. Solo debes desaparecer de nuestras vidas. Seré su madre y padre y tomaré todas las decisiones por él. No hagas como si eso te molestara, acabas de decirme que no quieres formar una familia. El niño sabrá que eres su padre, y podrás verlo en algunas fiestas importantes, si es eso lo que quieres —le explicó—. Pero seré yo quien tenga la última palabra.

—¿Te casarías conmigo si acepto esa condición?

—Lo haré si me das tu esperma.

Él sacó el anillo del estuche y se lo puso en el dedo.

—Tendrás mi esperma, siempre y cuando, nuestro matrimonio llegue a los tres años.

Ella lo abrazó y les sonrió a los padres de Lennon que los estaban observando desde la terraza. El plan había salido a la perfección».

6. LA FAMILIA POLÍTICA

BAJÓ a desayunar con su nueva familia y dibujó una sonrisa en su rostro antes de ingresar al comedor para contar el cuento del matrimonio feliz. Lennon relajó la mandíbula cuando la vio aparecer. En la mesa ya estaba Andrew junto a su esposa bebiendo el café matutino. Taylor era de contextura pequeña, cabello castaño y ojos verdes. Vestía una camisa blanca con una chaqueta a cuadros rosados y unos aretes y collar de perlas. Parecía tan snob como su marido. Vale, estaba mal juzgarla por su apariencia. Respiró profundo antes de exclamar:

—¡Buenos días a todos! —Rodeó la mesa hasta llegar a la cabecera donde estaba sentado Lennon y le dio un beso rápido en los labios—. Lamento llegar tarde, pero quise arreglarme un poco antes de bajar.

—Se entiende la demora —susurró sarcástica su nueva prima.

Hizo de cuenta que su comentario no había sido mal intencionado. Tomó asiento a un lado de su marido y él le sirvió café en la taza. Actuaba como si de verdad le importara su esposa.

—Tú debes ser Taylor, ¿verdad? —preguntó para cortar la frialdad del aire.

La mujer apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—¿Cuánto dinero recibirás después de que se cumplan los tres años?

Frunció el ceño.

—No sé de qué estás hablando —repuso, poniendo la servilleta sobre el regazo.

Taylor empezó a jugar con su collar de perlas.

—No es necesario que actuemos entre nosotros —murmuró—.

Lennon se casó un mes antes de que cumpliera cuarenta años y lo que significaba que perdería todos sus derechos de la herencia y White House pasaría para Andrew —expresó—. Y todos sabemos que él no es un hombre que se enamora. Por eso vuelvo a preguntar, ¿cuánto dinero recibirás?

Lennon puso una mano encima de la de ella y se la apretó.

—No la escuches, cariño, Taylor piensa que todos los matrimonios son como lo de ella —hizo una pausa—. No todo es por dinero, primita. ¿Todavía sigues yendo al club de stripper? Envíales saludos a tus antiguas compañeras —murmuró con una sonrisa en los labios.

¡Vaya! Las apariencias sí que engañaban. Nunca hubiera imaginado que Taylor había sido una bailarina nudista.

Taylor hizo un gesto despectivo y se levantó de la mesa.

—Se me cerró el apetito... —dijo antes de retirarse.

Andrew le lanzó una mirada amenazadora.

—Deberías ser más cuidadoso con mi mujer, acaba de perder a nuestro hijo.

—Y esa es la razón por la que aún no la he echado de White House —replicó él.

Andrew cerró el ordenador portátil y se quitó sus gafas de lectura.

—Taylor no ha dicho nada que no sea cierto y cuando logre probarlo, seré yo quien se ría.

—Pero tampoco he dicho nada que no fuese cierto, ¿acaso no sacaste a tu mujer de un club de nudistas?

Ella pateó a su esposo por debajo de la mesa para que cerrara la boca.

Andrew se despidió de ella y luego se retiró.

—Te has montado un buen espectáculo —le dijo, dándole un mordisco a la tostada.

—Defendía a mi esposa.

Ella le dirigió una mirada rápida.

—¿Tu de verdad piensas que me creeré ese cuento? —Replicó—. Tuviste miedo de que afirmara el comentario de Taylor —se ladeó hacia él y le susurró cerca del oído—: De hecho, ella tenía razón.

Su marido puso una mano en su nuca y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Si arruinas el trato, tú también perderás, cariño —le recordó—. Porque te aseguro que no volverás a ver a nuestro hijo.

Ella no se dejó intimidar por él y siguió manteniendo la mirada sin parpadear.

—No eres muy diferente de Andrew, era él quien debía cobrar la herencia, no tú —dijo—. Vivian estaría decepcionada de ti. No eres más que un capullo ambicioso.

Él le apretó el cuello con más fuerzas.

—Y elegiste a este capullo para que sea el padre de tu hijo.

—Ni te imaginas cuanto me arrepiento.

Él inclinó la cabeza y la besó con rabia. Ella lo mordió para que la soltara.

—Nunca más vuelvas a besarme —le increpó.

Lennon se pasó el dorso de la mano por la boca y sonrió como un canalla.

—Mantente alejada de Andrew y Taylor —le ordenó—. Ellos nunca juegan limpio, Alegra.

Enarcó una ceja.

—¿Y tú sí?

—Durante el tiempo que estemos en White Hause, intenta no quedarte a solas con ellos.

Ella corrió la silla hacia atrás y se levantó.

—No te preocupes, no está en mis planes delatarte.

Había querido salir a correr antes que la nieve lo cubriera todo en unas horas. Myriam, el ama de llaves, le había recomendado que se quedara en la casa porque podía perderse en el bosque. Pero le recordó que no era la primera vez que lo hacía. A Vivian le gustaba esconderse en el bosque para fumar y beber alcohol sin que ningún adulto las descubriera. El bosque siempre había sido su sitio de libertad. Y ella necesitaba alejarse y estar a solas por un momento. Su marido estaba empezando a asustarla. Lo había subestimado al creer que podía controlar la situación.

Se inclinó hacia delante para ajustarse los cordones de su tenis antes de adentrarse en el bosque. Se subió la capucha de la campera y empezó a trotar entre los árboles, a la vez que escuchaba sus canciones preferidas desde el teléfono. Podía sentir su nariz roja por el aire frío que chocaba contra su rostro. Todo el bosque le recordaba a Vivian. La música se detuvo cuando el teléfono empezó a recibir un llamado. Ella contestó, al tiempo que reducía la velocidad de sus pasos.

—Cece... —dijo, al ver que decía su nombre en la pantalla.

Hubo silencio del otro lado.

—¿Cece? —repitió—. ¿Estás ahí?

Oyó que ella suspiró.

—Sé que estás en tu luna de miel y no quiero molestarte... pero necesito las últimas fotografías que tomaste para mi artículo —dijo—. Mi secretaria no puede entrar a tu ordenador.

Cece era su mejor amiga y trabajaban juntas en la revista *Mujeres arriba*. Ella era una famosa consejera sentimental. Y era una de las pocas personas que conocía la realidad de su boda.

—¿Ah, no? Pero la clave sigue siendo la misma de siempre, no la he cambiado.

—Bueno, pero ya sabes que mi secretaria es un poco despistada.

Puso los ojos en blanco.

—Tú no llamaste por las fotos, Cece —repuso—. Estoy bien, si es eso lo que te preocupa.

—Vale, me has atrapado —murmuró en voz baja—. Jerry me ha prohibido llamarte y que me metiera en tus asuntos. Pero sabes que tu esposo no es de mi agrado y estoy preocupada por ti. Me tomaré el primer vuelo si necesitas que esté a tu lado.

—Jerry tiene razón, puedo ocuparme de mi esposo —dijo, aunque no estuviese cien por ciento segura—. Recién ha pasado un día y debo acostumbrarme a él.

—No quiero que pienses que soy una paranoica, pero tengo una angustia en el pecho y sé que algo no anda bien.

Ladeó la cabeza hacia un costado para esquivar la rama de un árbol.

—¿Jerry está contigo? —preguntó.

—Él está en la habitación continua —susurró.

—Te juro que lo llamaré si sigues con esas ideas absurdas —le advirtió—. Regresaré a Londres en unos días... —empezó a oír interferencia en la línea—. Ahora me encuentro en el bosque y tal vez la llamada se corte porque la cobertura no es muy buena —le avisó.

—No le digas nada a Jerry.

Miró hacia sus espaldas cuando sintió que la estaban observando.

—No lo haré si dejas de hacer que mi marido parezca un monstruo.

—Si tan solo no amaras a ese malnacido, todo sería más sencillo. Él romperá tu corazón.

Nunca debió confesarle a Cece que podía estar enamorada de su

marido antes de darse cuenta como él era en realidad.

—No lo haré porque no... —a ella se le detuvo el corazón cuando creyó ver a Vivian entre los árboles—. ¡Madre mía!

—¿Qué ocurre, Alegra?

—Estoy enloqueciendo...

—Enloqueciste cuando aceptaste casarte con Lennon.

—¡Joder! ¡La he visto otra vez!

—¿A quién?

—¡A Vivian! —chilló, mientras intentaba seguirla.

—¿Vivian? ¿Qué Vivian?

Ella saltó el tronco que estaba atravesado en medio del camino.

—La hermana de Lennon.

—Pero ella no estaba...

—¡Sí! —Afirmó, entre jadeos—. ¡Vivian está muerta! —Exclamó—.

Debo colgar, Cece, luego vuelvo a llamarte.

—No te quedes sola, Alegra, llama al inútil de tu...

Ella cortó el llamado. Echó una ojeada a su alrededor cuando perdió a su amiga de vista. Sacudió la cabeza. Tal vez sus recuerdos con ella en el bosque le habían hecho ver cosas que no eran reales. Se volteó de golpe cuando escuchó pisadas sobre las ramas secas.

—¿Vivian?

Debía haber perdido el juicio para estar llamando a un muerto. Giró a su izquierda cuando observó una sombra que se dirigía en dirección a la casa de los caseros. Ella la siguió. Solo alcanzaba a ver su melena rubia y el tapado colorado que Vivian siempre usaba.

—¡Vivian, soy yo, Alegra! —gritó, mientras corría tras ella.

El pie se le enredó con la raíz de un árbol y cayó al suelo y se lastimó las rodillas. Soltó una maldición cuando perdió de vista a Vivian. Tuvo que

renguear hasta la casa de los caseros que estaba en la entrada de la residencia. Y se dio cuenta allí que había perdido el teléfono en la caída. Parecía no haber nadie en el lugar. El portón de hierro de la entrada se abrió cuando un coche estaba ingresando. Ella le hizo seña con las manos para que se detuviera. La ventanilla del conductor se bajó.

—¿Qué demonios te ha sucedido, Alegra? —preguntó su esposo, mirándola de abajo hacia arriba.

—Me caí en el bosque —le contó.

Él salió del coche y la ayudó a subirse.

—¿Qué hacías en el bosque con este clima? —le cuestionó, mientras regresaba a al asiento de conductor.

Frunció el ceño cuando sintió un tirón en el tobillo.

—Quería tomar un poco de aire.

—Puedes tomar aire desde el jardín la próxima vez.

—¿Quieres convertir White House en mi prisión?

—¡Joder, Alegra! —Gruñó él, golpeando el volante—. Estás embarazada y pudiste haber perdido al bebé.

Tragó saliva. Ella estaba actuando como si no lo estuviese por miedo de que el test de embarazo se hubiera equivocado y sufrir una decepción al no estarlo.

—No es seguro que esté embarazada —dijo—. Lo estaré cuando me haga el análisis de sangre.

Lennon llevó una mano hacia el asiento trasero y cogió una bolsa y luego se la dejó sobre el regazo. Ella la abrió y encontró más de veinte cajas de test de embarazos de diferentes marcas.

—No sé tú, pero no puedo esperar hasta que regresemos a Londres —repuso.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Ella estaba asustada a que el

resultado no fuese al que esperaba. Su esposo extendió un brazo y apoyó la mano en su rodilla.

—Haremos las pruebas juntos —murmuró para transmitirle confianza.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Quieres que te lleve a un hospital?

—No, estoy bien.

Él se quitó las gafas de aviador y las lanzó al salpicadero.

—Lamento haberte gritado a la mañana —se disculpó su marido.

Tenía la mente en cualquier sitio que ni siquiera podía distinguir si él estaba hablando en serio o era puro sarcasmo.

—Lennon...

—¿Sí?

—Vi a Vivian en el bosque.

7. EL PASADO SIEMPRE VUELVE

LENNON no se había tomado nada bien que le dijera que había visto a su hermana en el bosque. La cordialidad que estaba teniendo con ella se había acabado en cuestión de un segundo. Se sentó cerca de la chimenea de la sala y apoyó la pierna lastimada encima de una silla. Tal vez sus recuerdos con Vivian la habían abrumado y había visto lo que quería ver. Myriam, el ama de llaves que siempre había trabajado con la familia Smith, le trajo una taza de chocolate caliente con tres malvaviscos encima; igual que lo hacía cuando pasaba sus vacaciones en la residencia con su familia.

Bebió despacio un sorbo de chocolate y fue como una caricia a su estómago.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Myriam.

Ella extendió un brazo y le sujetó la mano.

—Sí, ahora que veo una cara amigable.

—Cuando el señor Smith me llamó y me dijo que su hijo se casaba y contigo, me hizo feliz la noticia —repuso, dándole una palmadita en la mano—. La familia no volvió a ser la misma después de la muerte de Vivian.

—Perder a Vivian fue duro para todos.

—¿Ella era su mejor amiga, verdad?

Asintió con la cabeza.

—Vivian estaría feliz de verte casada con su hermano —le dijo—. Todavía las recuerdo cuchicheando por la casa planeando su boda. Quien hubiera dicho que Lennon se terminaría casando con Willy-Pop.

¡Estupendo! Hasta el ama de llaves recordaba su apodo de adolescente. Se debía ser más detallado con lo que se deseaba o el universo lo

cumplía a su modo y a veces hasta de una forma caprichosa.

—Si Lennon no me decía quien eras, no te habría reconocido —siguió—. Te ves muy guapa, Alegria. Ahora comprendo porque él decidió dejar su vida de soltero.

Él no había dejado su soltería por ella, si no por cincuenta millones de libras. Tomó otro trago del chocolate caliente y sonrió.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro...

—¿Trabajas en White House desde hace muchos años, verdad?

Myriam se pasó una mano por el delantal blanco y alzó el mentón con orgullo.

—Sí.

—En una residencia con tantas habitaciones seguramente has oído o visto cosas un poco extrañas —comentó como si fuese al pasar.

—Uno se acostumbra y lo hace habitual.

Se inclinó hacia ella y susurró:

—Creo haber visto a Vivian en el bosque —le contó.

Myriam se quedó muda por un momento.

—¿Usted está segura?

—Bueno... ya no sé qué fue lo que vi —repuso, apartando la mirada hacia el fuego de la chimenea—. ¿Hay alguien viviendo en la casa de los caseros? —quiso saber.

—Nadie la ocupa desde que enfermó el señor Richard. ¿Por qué pregunta?

—Porque me pareció ver a una mujer rubia de pelo largo que se dirigía a la casa, debió ser una empleada y me confundí.

Myriam frunció el ceño.

—No tenemos empleadas rubias de pelo largo. Además, no tendrían

nada que hacer en la casa del casero.

Si ella seguía hablando, la meterían en un loquero por tener alucinaciones.

—La boda me generó mucho estrés y debí ver cualquier cosa.

—Debe ser eso...

Se escuchó sonar una campanilla.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó, alarmada.

—Quien hace sonar las campanillas tiene nombre y apellido: Andrew Smith. Él quiere más café —resopló—. Vendré en un momento, querida.

—Por mí no se preocupe, puedo arreglármelas sola.

Myriam agitó una mano en el aire.

—De eso nada, llamaré a otra de las empleadas —dijo—. ¡Holly! —gritó.

Después de un segundo, apareció una muchacha con uniforme en la sala. Ella tenía el cabello castaño y corto, y la descartó de su lista de ser ella a quien había visto en el bosque.

—Busca una manta para la señora, Holly —le pidió Myriam antes de retirarse.

Holly asintió con la cabeza y sacó una manta de un cofre antiguo y cubrió sus piernas con ella.

—Gracias, Holly —dijo, al sentirse más abrigada—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando en White House? —siguió investigando.

—Solo hace seis meses —respondió escueta—. ¿La señora necesita algo más?

¿Señora? La hacía sentir más vieja de lo que era.

—Puedes retirarte, Holly.

La muchacha no le daría más información de la que le había dado Myriam. Soltó un bufido. Necesitaba una respuesta de lo que había visto y

con la pierna lastimada no podía hacer mucho. Se preguntó si había cámaras de vigilancia en la casa del casero. Abrió grande los ojos. En una residencia tan grande debía haber cámaras por todos lados. Si veía las grabaciones, descubriría quien era la mujer que había visto. Y se aseguraría de que no estaba loca.

—En realidad, sí necesito que me ayudes con algo Holly —murmuró.

La empleada se detuvo en la puerta y se volteó hacia ella.

—¿Necesita que ponga más leña en la chimenea?

Ella se aclaró la garganta.

—El fuego está bien, gracias —dijo—. Es otra cosa lo que necesito.

La muchacha bajó el mentón y la miró esperando a que ella continuara.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Puede sonar un poco loco lo que voy a pedirte... —carraspeó—. Necesito que me traigas las grabaciones de los videos de vigilancia de la entrada —farfulló—. De todas las personas que entraron y salieron antes del mediodía.

—¿Por qué quieres saber quién estuvo en White House? —preguntó Taylor cuando apareció en la sala.

Ni de coña le diría la verdad.

—Porque... me gusta tener todo bajo control.

Taylor se sentó a un lado de ella y sonrió como una hiena.

—En especial a tu marido, ¿verdad?

—Busca lo que te pedí, Holly.

La muchacha asintió con la cabeza y se retiró.

—¿Qué te pasó en la pierna? —quiso saber su nueva prima política.

—Me resbalé y me caí mientras corría en el bosque.

—No debes fingir conmigo, cariño —murmuró, a la vez que le quitaba

la taza de chocolate caliente de las manos—. Los Smith suelen tener la mano larga —agregó, bebiendo un sorbo del chocolate.

Si su esposo algún día se atrevía a golpearla, no viviría para hacerlo una segunda vez.

—Lennon es un marido cariñoso —expresó—. ¿Puedo ayudarte en algo, Taylor?

—No quiero que me veas como una enemiga. ¿Qué te parece si vamos al teatro una noche de estas?

—¿Sabes que esta es mi luna de miel, verdad?

Taylor miró al techo y resopló.

—Vale, te demostraré que puedo ser confiable —dijo—. Buscaré yo misma las grabaciones que necesitas y te las traeré.

—Holly fue por ellas...

—Pero Holly no tiene autorización para entrar a la garita del guardia —replicó, poniéndose de pie.

¡Joder! Ella tenía razón.

—Te enviaré a tu teléfono las grabaciones.

—Perdí el teléfono en el bosque —le contó.

Taylor abrió su bolso y sacó el suyo y luego se lo entregó.

—Ten, usa el mío.

—¿Y tú cómo grabarás los videos?

—Vale, es cierto, devuélveme el teléfono —dijo, arrebatandoselo de las manos.

Ella lo regresó al bolso y este se le cayó al suelo cuando intentó cerrarlo. Se inclinó para ayudarla a recoger sus cosas desparramadas. Se sorprendió cuando levantó una tableta de anticonceptivos, que se habían estado tomando hacía varios días. Alzó la vista de golpe hacia Taylor. Ella no había podido perder su embarazo porque nunca lo había estado. ¿Acaso

Andrew les había mentido para que Lennon no los echaran de White House?
¿O ella le había mentido a su marido?

Notó que Taylor se había puesto nerviosa cuando la vio con su tableta de anticonceptivos. Ella no hizo ningún comentario al respecto y se la metió en el bolso como si no hubiese visto nada.

—Iré por las grabaciones...

Asintió con la cabeza y la siguió con la mirada hasta que desapareció. Sintió intriga por saber que era lo que ocultaba Taylor. ¿Cómo una bailarina exótica había terminado casada con un snob como Andrew? La familia Smith estaba llena de secretos. Era lo que Vivian siempre solía decirle cuando no quería revelarle quien era el hombre secreto con el que ella salía. Y se había ido sin contarle a quien había amado. Recordó el diario íntimo que Vivian guardaba en su alcoba. Tal vez seguía allí y ella finalmente descubriría a la persona que su amiga le había ocultado.

Se levantó del sofá y sujetó el batón improvisado que le había dado Myriam para que se ayudara al caminar hasta que su pie se recuperara. Jugar a la investigadora con su pierna averiada era lo más divertido que haría en su luna de miel.

8. EL TEMPANO SE DESHIELA

ENCONTRÓ entreabierta la puerta de la alcoba que solía usar Vivian cuando pasaba sus vacaciones en White House. Ella se acercó y miró hacia la habitación. Se sorprendió al ver a su marido sentado en la cama con una fotografía de su hermana. Él se veía triste y sintió ganas de abrazarlo. Ni siquiera cuando había sido el funeral lo había visto tan afectado. El peso del cuerpo se le venció hacia un costado y abrió la puerta con el hombro.

Lennon la miró ceñudo.

—¿Me estás espiando?

Ella se apoyó en el bastón mientras caminaba hacia él.

—No sabía que iba a encontrarte aquí —echó una ojeada a su alrededor—. Todo está como Vivian lo dejó por última vez.

—Mis padres no quisieron que nadie tocara nada.

Deslizó el dedo por los lomos de los libros que estaban sobre la estantería, a la vez que intentaba recordar donde había guardado Vivian su diario.

—¿La extrañas? —le preguntó.

—El tiempo hace que la carga se haga más liviana.

—No quise lastimarte cuando te conté que me pareció ver a Vivian en el bosque.

Él dejó la fotografía sobre la mesa de noche.

—Lo sé y también entiendo que para ti debe ser difícil estar aquí —dijo—. A veces también creo verla.

Ella se sentó en el borde del colchón a un lado de él y le acarició la mandíbula.

—¿Estaremos enloqueciendo? —comentó.

Él esbozó una media sonrisa.

—Tú ya has enloquecido, Willy-Pop.

Apretó los labios y le golpeó la pierna con el bastón.

Él la empujó con el hombro y la miró con ternura, luego dejó de sonreír.

—Lamento haberte tratado mal el día del funeral.

Tragó saliva. Ella siempre le había hecho responsable de haberle roto el corazón, pero había elegido el peor momento para decirle cuanto lo amaba.

—Ese día fui muy inoportuna al declararte mi amor. Acababa de perder a un Smith y no quería perder al otro.

—Pero no debí humillarte delante de mis amigos.

—Uno suele decir las peores cosas cuando está triste y enojado — repuso—. Sé que no es de mi incumbencia, ¿pero por qué desapareciste durante tanto tiempo?

Él apoyó los codos en sus muslos y clavó la vista en la pared.

—Porque soy responsable de lo que le sucedió a Vivian, y sentí mucha vergüenza mirar a mis padres a los ojos.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—Oh, cariño, pero tú no tienes la culpa de los que le sucedió a tu hermana —dijo en un tono suave—. Ella estuvo en el sitio incorrecto y conociéndola como la conocíamos, Vivian hizo lo que sentía, se interpuso para que un niño no recibiera un disparo —se enjuagó una lágrima de la mejilla—. Ella era una justiciera y yo soy el caso perfecto de ello. En el instituto era la única que me defendía cuando un par de adolescentes se burlaban de mi obesidad.

—Era yo quien debía estar en esa tienda, no Vivian —le contó con la

voz estrangulada—. Me negué a acompañarla a comprar sus malteadas por pasar más tiempo con mis amigos. Lo último que le dije fue: ¡Vete al demonio!

Extendió un brazo y le acarició la espalda.

—Eras solo un muchacho, Lennon —lo consoló—. Y actuaste como lo hacen los hermanos mayores.

Él no pudo contener las lágrimas y se quebró.

—Justamente, era su hermano mayor y debía protegerla y dejé que la lastimaran.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerzas. Él lloró contra su hombro como un niño.

—No te tortures más, mi amor. Nada de lo que sucedió fue tu culpa.

—Preferí que mis padres pensaran que era un holgazán antes de que era el responsable de la muerte de su hija. No soporté ver su dolor. No soporté ver que perdías a tu mejor amiga. Y quise empezar de nuevo, alejándome de mi pasado.

Él se limpió las lágrimas con las yemas de los dedos y la miró a los ojos.

—Pero el pasado me trajo de vuelta.

Ella se inclinó y le dio un beso suave en la punta de la nariz.

—El pasado forma parte de ti, cariño.

Su marido se alejó de ella y se levantó rápido de la cama. Parecía arrepentido de haberle abierto el corazón. Había visto su alma por primera vez.

—Que te haya contado todo esto no significa que te haya perdonado por no haberme dicho quien eras —murmuró, pasándose una mano por el pelo.

Él actuaba a la defensiva al sentirse vulnerable delante de ella. Y creyó

comprender su rechazo de formar una familia, Lennon debía creer que no merecía el amor de nadie.

—Y tampoco cambia que siga pensando que eres un capullo —repuso, para ayudarlo a sentirse mejor.

Él puso los brazos en jarra.

—Bien... porque soy el capullo más grande con el que te hayas cruzado.

Hizo un gran esfuerzo para no reírse en su cara. Él intentaba recuperar su armadura del hombre que no derramaba una lágrima por ningún motivo.

—¿Sabes? Estuve recordando que Vivian había estado saliendo con alguien en secreto. Ella nunca me dijo quién era, ¿tú sabes quién podía ser ese hombre?

—Vivian adoraba los secretos y si no se lo contó a su mejor amiga, mucho menos lo haría conmigo.

Suspiró.

—Supongo que nunca lo sabré.

—¿Cómo sigues de la pierna?

—Un poco mejor, gracias.

Él miró la pantalla de su teléfono cuando vibró y leyó el mensaje que le habían enviado.

—Iré a la ciudad a beber unos tragos con unos amigos y cuando regrese, haremos las pruebas de embarazo —le avisó antes de salir de la alcoba.

«Diviértete, no te preocupes por mí, me gusta quedarme sola en una residencia enorme con personas que no conozco y que me dices que no debo confiar. Y olvidé el detalle de que perdí mi maldito móvil y estoy incomunicada», se dijo a sí misma.

Aprovechó en buscar el diario íntimo de Vivian cuando se quedó sola en la alcoba. Recordó que ella solía guardar la llave dentro del unicornio de porcelana que tenía encima del mueble de caoba. Ella lo cogió y miró por debajo del adorno. ¡Voilà! La llave seguía en el mismo sitio. Ahora faltaba el diario. Se llevó un dedo a los labios, pensativamente. Abrió grande los ojos cuando observó el espejo. Se aproximó a él y lo corrió a un costado. Vivian había despegado un zócalo y hecho una perforación para meter su diario y evitar que su madre lo leyera. Soltó un gritito cuando lo sostuvo entre sus manos. En la emoción por conocer el mejor secreto guardado de Vivian, no había notado que una de las empleadas había entrado a la habitación.

—Me has dado un buen susto, Holly —murmuró, llevándose una mano al pecho.

—Lo siento, señora, pero vi que la puerta estaba abierta y quise asegurarme que todo estuviera bien —dijo—. Podrían despedirnos si falta algo de esta habitación. La familia nos tiene prohibido entrar —le explicó.

—No te preocupes, me haré responsable si llega a faltar algo —repuso.

—¿Pertenece a la señorita Vivian? —preguntó.

Sus cejas se unieron.

—¿Qué cosa?

—El diario que tiene en las manos —respondió, señalándolo con el mentón.

—Oh, lo dices por esto —explayó. El candado y su portada de corazones evidenciaban que era un diario íntimo—. Sí, le pertenecía a Vivian —afirmó—. ¿Sabes? Ella y yo fuimos las mejores amigas. Sentí curiosidad si existía algún secreto entre nosotras.

—No me debe ninguna explicación, señora Smith.

Eso era cierto. ¿Entonces por qué se sentía acorralada? Se aclaró la garganta y añadió:

—¿Este podría ser nuestro pequeño secreto? Ya sabes... tú nunca has visto este diario. Quisiera conservarlo para mí. De igual modo, nadie notara que falta.

—Seguro, señora —asintió—. Nunca lo he visto.

Ella relajó los hombros y sonrió.

—¿Has podido conseguirme las grabaciones de las cámaras de seguridad?

Holly negó con la cabeza.

—La señora Smith, la otra señora Smith...

—¿Taylor?

—Sí, ella —expresó—. Me dijo que se ocuparía del asunto. Además, yo no tengo acceso a esos videos. ¿Acaso hice mal?

—Hiciste lo correcto, luego hablaré con Taylor.

—¿Por qué quiere ver esas grabaciones? —preguntó, curiosa.

¿Cómo se lo explicaba sin que pareciera que había enloquecido? Cogió el portarretrato que estaba encima de la mesa de noche y le enseñó la fotografía de Vivian.

—Sé qué hace poco tiempo que estás trabajando en White House, ¿pero habías visto a esta mujer antes? —quiso saber.

—Oh, sí.

—¿En serio? ¿Dónde la has visto?

—En toda la casa —repuso—. La señora Margaret tiene retrato de su hija en toda la casa.

Agitó una mano en el aire.

—Oh, claro, tú hablas de las fotografías.

—¿Y usted no?

Ella había perdido el teléfono y no podía hablar con nadie, y sentía la necesidad de hacerlo. Holly era una de las pocas personas de las que podía confiar en la casa.

—Me pareció ver a Vivian en el bosque.

La muchacha abrió grande los ojos.

—¿Habla de su espíritu?

Hizo una mueca con la boca.

—Suenan un poco loco si se lo dice en voz alta.

—Tal vez ella intentaba decirle algo.

—¿Eso crees?

—Su muerte fue trágica. Si sigue en este mundo es porque está enojada.

Tragó saliva.

—¿Enojada conmigo?

—Puede que le haya molestado que se casara con su hermano.

—Vivian siempre quiso que fuera parte de su familia.

—Entonces no lo sé, señora —dijo—. O quizás le moleste que esté viviendo en White House. Tal vez sienta que este sitio no le pertenece.

La muchacha no había conocido a Vivian, por eso decía esas cosas. Pero descubriría que había detrás de todo. Y empezaría leyendo su diario íntimo. Se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—O puede que haya visto a uno de los tantos empleados de la casa y me haya confundido —explayó—. Y es por eso que necesito las grabaciones.

9. ARENA Y EL MAR AZUL

NO PODÍA concentrarse en la lectura si tenía las pruebas de embarazo a la vista. Echó las mantas hacia atrás y se levantó de la cama y ocultó las cajas en el armario, como si así evitaría saber de su existencia. Ella era una cobarde. Regresó a la cama y volvió con la lectura del diario. Todavía no había llegado a la parte en la que Vivian hablada de su hombre misterioso. Pero había vuelto a recordar muchas cosas que había vivido con su mejor amiga.

Se acomodó las gafas y miró hacia la ventana cuando se oyó la frenada de un coche. Pensó que podía ser su marido que regresaba del bar. No pudo evitar fijarse la hora, era más de media noche. ¿Qué clase de esposo dejaba a su mujer en la segunda noche de su luna de miel para irse de copas con sus viejos amigos? Sacudió las mantas y respiró profundo para calmarse. Ella estaba actuando como una esposa celosa. Intentó regresar a la lectura pero no podía dejar de mirar hacia la puerta y esperar a que Lennon ingresara por ella. Escuchó sus pasos en el corredor y actuó estar muy concentrada en el diario.

Él abrió la puerta y arrojó al suelo el jarrón que estaba encima del mueble.

—¿Quién ha movido las cosas de su sitio? —Cuestionó él, balanceándose de un lado a otro—. ¿Te he despertado, cariño? —murmuró, seguido de un hipo.

Su marido no solo la había dejado sola en su segunda noche de luna de miel, si no también que había vuelto completamente borracho. Apretó los labios.

—¿Te has divertido con tus amigos? —preguntó, arrastrando cada

palabra.

¡Madre mía! Ella estaba actuando como una esposa real. Él se apoyó contra la pared para quitarse los zapatos y el pantalón.

—Hemos tomado un par de cervezas y hablado de los viejos tiempos.

Ella se cruzó de brazos.

—Diría que han sido varias cervezas —replicó.

Él frunció el ceño, y supuso que a quien intentaba señalar con el dedo era a ella.

—Tengo la sensación que estás enojada, ¿acaso me equivoco? —farfulló—. No te muevas tanto, cariño.

Puso los ojos en blanco y guardó el diario de Vivian en el cajón de la mesa de noche. Salió de la cama y lo ayudó a desabrocharse la camisa.

—Se suponía que no debíamos hacer nada que llamara la atención, pero decidiste regresar ebrio cuando tenemos a tu primo alojado aquí —musitó, molesta—. ¡Oh, por Dios! No solo apesta a alcohol, sino también tienes labial de mujer en el cuello —gruñó, golpeándolo en el pecho con el puño—. Y todavía no hemos cumplido una semana de casados.

—No es lo que parece, cariño —masculló, arrojando la camisa al piso—. Esas muchachas se me tiraron encima antes de decirles que ahora era un hombre comprometido.

Achicó los ojos.

—Todos dicen el mismo cuento.

Él cruzó los dedos y se rió.

—Juro que es cierto.

—Eres un imbécil, Lennon —replicó—. Y ahora vete a darte una ducha porque no dormirás en mi cama en ese estado.

Él se inclinó hacia ella para besarla, pero lo apartó de un empujón.

—Eres bonita cuando te enojas.

Alcanzó a sujetarlo del brazo antes que él terminara en el suelo, pero entre su pierna mala y su peso, perdió el equilibrio y los dos cayeron sobre la cama. Él rodó encima de ella y la inmovilizó con su cuerpo.

—¿Por qué regresaste a mi vida? —cuestionó, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—¡Quítate, capullo! —chilló, a la vez que intentaba librarse.

Él la besó en el cuello, al tiempo que metía sus manos por debajo de su camión de raso y sujetó sus muslos, atrayéndola contra sus caderas.

—Te deseo cariño, y por alguna razón me sentí atraído por ti esa noche que te vi en la playa. Te veías tan hermosa que quise que fueras mía —murmuró—. Siempre me gustaste, Willy-Pop.

Ella se quedó de piedra con su confesión.

—No te creo.

—Todavía guardo el pañuelo que me diste cuando me lastimé la mano el día que te llevé con mi hermana a esquiar.

Recordó esa vez, había sido un día antes que él volviera a la universidad. No supo si decía todo eso para seducirla o porque estaba bebido y deliraba. Se sintió furiosa que le dijera todo eso en ese estado. Le dio una bofetada y luego lo besó explosivamente. Le rodeó el cuello con los brazos y las caderas con las piernas.

—Te odio con toda mi alma —musitó, sin apartar sus labios de su boca—. Y para que lo sepas, soy yo la que se está aprovechando de un borracho.

Él no dijo nada, de hecho, tampoco se estaba moviendo.

—Lennon... —miró su rostro y le dio unas palmaditas en la mejilla—. Despierta Lennon.

¡Genial! Él se había quedado dormido encima de ella. Hizo un gran esfuerzo para que rodara a un costado. Soltó un bufido y se llevó una mano a

la frente. Ahora era ella la que necesitaba un baño, pero con agua helada. Lo miró de reojo y quiso creer que los borrachos siempre decían la verdad. El hombre que roncaba a su lado no se parecía en nada al sexy y apuesto que había encontrado en las playas de Filipinas. Esa noche había sido especial y la atracción innegable.

«El problema del calor, eran los mosquitos, pensó mientras se rascaba el brazo. Pero encontrarse en una fiesta en la playa con el mar a sus espaldas, lo recompensaba. Aunque por momentos se sentía fuera de onda, ya que la mayoría eran veinteañeros que disfrutaban de la música electrónica. Cece, con quien había ido de vacaciones, se acercó con la segunda ronda de margaritas.

—Había muchos clientes en la barra —le gritó por encima de la música.

—¡Oh, sí! ¡Hay muchos turistas en la fiesta! —replicó

Cece levantó la copa por encima de su cabeza.

—Para quienes dicen que las treintañeras no saben divertirse.

—No digas nuestra edad en voz alta, Cece —murmuró para que ella sola escuchara.

—¿Crees que somos la más grande?

—Creo que fácilmente podríamos ser las chaperonas de la fiesta —respondió, quitando la sombrilla de adorno de su copa.

—Tal vez no deberíamos beber las margaritas.

Revolvió los cubos de hielo con el sorbete y tomó un trago.

—¿Por qué no? Es lo único bueno de ser adultas.

—Alguien en la barra me dijo que le habían puesto droga a las bebidas.

Ella escupió hacia delante.

—¿Y me lo dices ahora?

—Tal vez él quiso que le regalara las margaritas.

Se hicieron a un lado para dejar pasara a un grupo de veinteañeros que corrían desnudos para meterse al mar.

—¿Regresamos al hotel? —inquirió, mientras tiraba la bebida a la arena.

Cece la miró aliviada.

—Pensé que nunca lo dirías.

—¿Se van tan pronto? —preguntó un apuesto hombre que se abría paso entre el público.

Cece la codeó y le susurró:

—Él es el hombre que me advirtió de la bebida.

Se quedó tranquila al ver que no eran las únicas adultas de la fiesta.

—Tenemos una excursión temprano —se excusó Cece.

Él les ofreció una botella de cerveza que aún seguía cerrada.

—En este tipo de fiestas deben asegurarse que cosa se llevan a la boca —dijo, bebiendo un sorbo de cerveza—. El peligro puede estar cerca.

—¿Tú eres peligroso? —replicó Cece.

Él sonrió enseñando toda su dentadura y el blanco de sus dientes resaltaba con su bronceado. Ella no podía apartar su mirada de él. Sentía como si ya antes lo hubiese conocido. Tal vez era uno de los tantos modelos que fotografiaba para la revista que trabajaba. Se notaba que él era todo un galán, sexy por naturaleza. Cabello espeso, mirada intensa, vestía unos pantalones beige y una camisa de lino blanca, y en el cuello tenía una delgada cadena de oro y el Rolex de su muñeca revelaba que su billetera era abultada.

—Solo soy un buen hombre.

Cece destapó la cerveza y bebió un trago.

—Gracias por la advertencia, pero somos mujeres adultas y podemos cuidarnos solas.

Se quitó la flor que se había puesto detrás de la oreja y dio un paso hacia él.

—Mi amiga habla por ella —dijo, deslizando los pétalos por la mejilla —, yo apenas tengo veintiún años —agregó, con una sonrisa en los labios.

Cece puso los ojos en blanco.

Él se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Hubiera jurado que eras más adulta.

Cece se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un costado.

—Cambiarás de idea cuando la escuches hablar.

Ella le lanzó una mirada fulminante para que cerrara la boca.

—Me llamo Lennon y si desean, podemos ir a otro sitio más tranquilo.

A ella se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Lennon? —repitió.

No digas Smith. No digas Smith.

—Sí, Lennon Smith.

¡Joder! Tenía en frente al primer hombre que le rompió el corazón y todavía seguía sintiéndose atraída por él. Habían pasado más de diez años desde la última vez que se habían visto. Él había dejado de ser un muchacho y se había convertido en un hombre con todas las letras. Sintió que sus piernas se desvanecieron y él se apresuró en sujetarla.

—¿Te encuentras bien?

—¡Madre mía! —Gimió Cece—. ¡Ella está drogada!

Giró la cabeza hacia su amiga y frunció el ceño.

—No estoy drogada.

—Bebiste de la margarita.

Dirigió la vista hacia Lennon, que aún la sujetaba de la cintura, y volvió a repetir:

—No estoy drogada.

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano y la estudió con la mirada de tal modo que creyó que había descubierto quien era: La gordita que rechazó cuando supo declararle su amor. Todavía recordaba lo humillada que se había sentido cuando sus amigos empezaron a burlarse de ella.

—¿Quién eres?

Titubeó en responder por un momento. Que más daba que supiera quien era. Ya no era esa chiquilla insegura.

—Alegra. Alegra Hamilton.

Esperó a ver la reacción de Lennon cuando le dijo su nombre. Ni un músculo de su cara se sorprendió.

—¿Puedes mantenerte de pie si te suelto, Alegra?

¡Menudo gilipollas! Él no la había reconocido. Se sintió estafada por haberlo amado por tantos años y enojada porque era un cretino. Pero que no la reconociera podía ser una ventaja para ella. Iba a demostrarle lo que podía hacer la ballena que una vez dijo que le daba asco. Por fin cerraría un capítulo de su pasado. Ella se aferró a sus hombros y apoyó la cabeza contra su cuello.

—Creo que sí estoy un poco drogada.

El papel de la damisela en apuros siempre daba resultados. Cece había decidido regresar al hotel cuando se dio cuenta que tres eran multitud. Una hora después, se encontraban compartiendo unas copas de vino en la playa y aprovechó la ventaja que lo conocía para tocar temas que sabía que a él iban a gustarle, y lo fue seduciendo hasta que quedaron completamente desnudos e hicieron el amor sobre la arena. Varias veces. Sin importar lo incómodo que podía ser tener partículas pequeñas por todo el cuerpo. Willy-Pop se sintió victoriosa esa noche y se durmió con una gran sonrisa en los labios».

10. LA NEVADA DEL AÑO

SACUDIÓ los hombros cuando despertó y halló a Lennon a un lado de ella mirándola fijo. Cerró los ojos y se hundió en el colchón.

—¿Por qué estás observándome?

—Alegra... yo... anoche... ¿te hice daño? —Quiso saber—. No recuerdo mucho, pero las imágenes que tengo no me gustan nada.

Él parecía estar afectado. Y su lado oscuro y retorcido le aconsejó hacerlo sufrir por un momento por haberla dejado sola en su segunda noche de luna de miel. Adoptó una expresión de miedo.

—Nunca olvidaré lo que sucedió anoche.

Su marido palideció.

—¡Oh, por Dios, Alegra! —Gimió—. No sabes cuánto lo siento —murmuró, afligido.

Ella sacó las piernas de la cama y se cubrió el cuerpo con la bata.

—No vuelvas a tocarme —explayó, mientras hincaba una rodilla en el suelo para buscar el otro par de su zapato.

—Te juro que no lo volveré hacer —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Esto... esto es terrible. Sé que con decir que lo siento no es suficiente, pero hay algo que pueda hacer por ti. Pídeme lo que quieras Alegra.

Ella alzó la vista de golpe hacia él.

—¿Lo que quiera?

—Lo que tu desees, cariño.

¡Vaya! Nunca había estado en una situación como esa. Él venía a ser como su genio de la lámpara. Hizo una mueca y lo pensó por un segundo. Un

regalo de compensación por tener que aguantar todas sus pullas no le pareció una mala idea. Ella siempre había soñado con tener su propia revista. A veces no era tan santa. Pero podía empezar con...

—Un viaje al caribe con mis amigas me haría sentir un poco mejor.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los codos contra el colchón y la miró a través de los párpados entornados.

—¿Qué te parece si te compro una isla?

Abrió grande los ojos.

—¡Estupendo!

Él echó una maldición y salió de la cama de un salto.

—¡Una isla una mierda! —Gruñó—. ¿Me has engañado, verdad?

Se cruzó de brazos y soltó un bufido. Había durado muy poco su deseo.

—¿Yo?

—Lo bueno de estar casado contigo es que te conozco y sé cómo piensas —explayó—. Si te hubiese hecho daño, directamente no hubiese despertado y no me estarías pidiendo que arregle mi error con cosas materiales.

—Vale, que listillo eres —dijo, sarcástica—. Y tienes razón, si me hubieras lastimados ahora no estarías hablando. Pero si vuelves a llegar borracho, te juro que...

—No volverá a ocurrir —le aseguró—. Lo prometo.

Tragó saliva cuando le prestó atención. Él llevaba un slip que marcaba sus entrepiernas y una musculosa blanca que enseñaban sus brazos fornidos y musculosos. Madre mía que guapo era. Apartó la vista hacia la puerta cuando golpearon.

—¿Quién es? —inquirió Lennon.

—Andrew...

Su marido se llevó un dedo a los labios y le pidió que hiciera silencio, a la vez que le indicaba que se metiera otra vez a la cama. Él se quitó la musculosa y se envolvió las caderas con la manta antes de abrirle a su primo.

—¿Puedo ayudarte?

—Hola Andrew —lo saludó desde la cama en un tono bastante animado.

Él se aclaró la garganta y le devolvió el saludo levantando la mano, incómodo.

—No quise interrumpirlos.

Lennon chasqueó la lengua.

—Pero lo hiciste. Estamos en nuestra luna de miel, ¿recuerdas?

—¿Y por eso trajiste anoche a tu amigo contigo?

—Ve al punto, Andrew.

—A nevado toda la noche y pronto bloquearan todos los caminos, así que si necesitan algo, deben buscarlo ahora porque anuncian nevadas por varios días.

—Gracias por avisar —repuso, cerrando la puerta en sus narices.

Lo miró ceñuda cuando él se volteó hacia ella.

—¿Tenemos a un nuevo huésped?

—Luke fue quien me trajo anoche o eso creo —respondió—. Y lo más probable es que le haya pedido que se quedara.

—¿Luke? ¿Hablas de Luke Mcbelle?

—Sí, Luke es mi viejo amigo del instituto.

Se le escapó una exclamación de indignación de los labios.

—Esto es peor que estar dentro de una pesadilla —murmuró—. Traes a nuestra luna de miel al patán que se burló de mi gordura cuando apenas era una niña y me apodó Willy-Pop. Mis padres pagaron varias horas de terapia por su culpa.

Él saltó a la cama y se le acercó como un animal salvaje, que estudiaba a su presa antes de cazarla.

—Ya deja el pasado atrás, cariño —repuso, dándole un mordiscón en el hombro—. Las personas cambian y maduran cuando crecen.

Ella sonrió y luego le cogió el pelo y se lo jaló.

—Si quieres tener sexo conmigo, primero saca a tu viejo amigo de nuestra casa.

Él asintió con la cabeza.

—Lo echaré ahora mismo.

De repente, se le vino la idea de que Luke podía ser el hombre con el que Vivian había salido en secreto. Y esa podía ser una buena razón por la que no se lo había contado a su mejor amiga y se había llevado el secreto a la tumba.

—Todavía no echas de la casa a Luke —le pidió.

—¿Por qué no? Quiero tener sexo contigo, cariño.

Sujetó su rostro entre sus manos y lo miró a los ojos.

—Puede que Luke haya sido el hombre con el que Vivian salió en secreto —le contó—. Y si es él, tendré que comerme el orgullo y agradecerle por haber hecho feliz a Vivian en sus últimos días de vida —añadió en voz baja.

—Luke no es la persona con la que mi hermanita salía, en ese entonces él era mi mejor amigo.

—Y ese era un gran motivo para mantenerlo en secreto.

Las cejas de él se unieron en un ceño fruncido.

—¡Voy a matar a ese gilipollas! —rugió, levantándose de la cama de golpe.

—¡Tú no matarás a nadie!

—¡Sí que lo haré! ¡Ese bastardo era más grande que Vivian!

Puso los ojos en blanco.

—Es la misma diferencia de edad que tú me llevas a mí.

—¡No es lo mismo, Alegre!

—Oh, no, porque tú sí me follas.

Lennon cogió sus Levi's y se los puso a las apuradas.

—El desgraciado va a arrepentirse de haberle puesto un dedo encima a mi hermanita.

Resopló. Su marido intentaba descargar toda su frustración del pasado con Luke y ella era la única culpable.

—Todavía no sabemos si Luke es el hombre que Vivian intentaba ocultar.

Lennon apretó los puños al costado del cuerpo.

—Tengo un método para averiguarlo.

—No usaremos la violencia —le espetó. Se ladeó hacia la mesa de noche para buscar el diario que había guardado—. Tengo el diario íntimo de Vivian y estoy segura que ha escrito sobre él —sacó el cajón cuando no halló la libreta y añadió—: ¡Joder! No está, pero estoy segura que anoche lo guarde aquí. ¿Tú lo has cogido?

Lennon se pasó por la cabeza el suéter gris y le dijo que ni siquiera sabía de la existencia de tal diario. Empezó a buscarlo desesperada por toda la alcoba.

—Tal vez no lo encuentras porque te pareció haberlo hallado.

Soltó una exclamación llena de frustración.

—No estoy loca, Lennon.

—Ayer también dijiste ver a Vivian en el bosque.

Recordó que no había sido la única que lo había visto, Holly, la mucama, también lo había hecho. Alzó el mentón, desafiante.

—Te voy a demostrar que no estoy loca.

Llamó a Holly y la muchacha apareció unos minutos después.

—Dile a mi marido que tú también viste el diario íntimo de Vivian.

—Lo siento, señora, pero no sé de qué habla.

Se sintió exasperada, respiró hondo y le explicó:

—Ayer cuando entraste a la alcoba de Vivian me viste con su diario, ¿verdad?

—No —respondió—. Usted no tenía nada, señora.

—¿Cómo dices? —Relajó los hombros y se rió—. Oh, ya sé que es lo que pasa, ayer te dije que si alguien te preguntaba por el diario tú dijeras que no habías visto nada, pero puedes decirle la verdad a mi marido.

—Pero yo no vi el diario, señora.

—¡Joder, Holly! ¡Te pido que digas que lo que viste! —exclamó, alterada.

La muchacha se asustó y parecía que estaba a punto de llorar.

Lennon enarcó una ceja, indulgentemente.

—Deja a Holly tranquila, cariño —dijo—. Ya puedes seguir con tu trabajo.

La muchacha no esperó a que se lo repitiera otra vez y salió huyendo de la habitación. Ella sola se había puesto en ese aprieto cuando le pidió a la empleada que mintiera. Se cruzó de brazos y sopló el mechón de pelo que se le había caído al rostro.

—Holly también vio el diario —volvió a repetirle.

—¿Vas a seguir con lo mismo? —Inquirió, molesto—. ¿O no te alcanzó con asustar a Holly?

—¿Por qué mentiría con algo así? ¡Lo tuve entre mis manos y leí las primeras páginas anoche!

Lennon se prendió su Rolex y luego se acercó a ella, apoyó sus manos en sus hombros y le sonrió.

—Solo estás cansada, cielo. Has tenido mucho estrés en muy poco tiempo, la boda, lo que significa volver a White House y sumado a que puedes estar embarazada y tus hormonas te están jugando una mala pasada.

Apretó los labios y quitó sus manos de encima.

—Sé lo que vi, Lennon.

Él se rascó la nuca e hizo su sonrisa de *fingiré que te creo*.

—Vale, te creo.

Ella sacó del armario la ropa que se pondría ese día y la arrojó sobre la cama. Lo peor que él podía hacerle en ese momento era tratarla de idiota.

—¡Tú no me crees, capullo! —gruñó.

—¿Entonces qué demonios quieres que diga?

—¡Nada!

—¿Te has hecho las pruebas de embarazo?

—No.

—Podríamos hacerla ahora.

Le lanzó una mirada fulminante por encima del hombro.

—Por si no te has dado cuenta, estoy enfada contigo y no quiero hablarte.

—Soy nuevo en todo este tema del matrimonio, ¿eso significa que debó dejarte sola?

Sonrió mordaz.

—Vas aprendiendo rápido.

Él exhaló una bocanada de aire.

—Hubiera sido más sencillo haberle dejado los cincuenta millones a Andrew —comentó al salir de la habitación.

—¡Te escuché cabrón!

11. INVITADOS, MÁS INVITADOS

ESTABA segura que alguien había tomado el diario de Vivian de su alcoba. ¿Pero quién podía haber sido y por qué? Nadie sabía que lo había encontrado o tan solo... miró a su alrededor. ¡La estaban espiando! ¡Taylor! Ella debió robarle el diario. Taylor no hacía otra cosa que meter sus narices en sus asuntos desde que había llegado.

—¿Quiere más café, señora? —le ofreció el ama de llaves.

—No, gracias, así está bien Myriam —repuso—. ¿Puedes acompañarme?

—¿Yo? Oh, no señora, como cree.

—No me gusta estar sola en la mesa y menos en una mesa tan grande.

Lennon había ido a buscar leña al establo antes que la nevada le impidiera salir. Había amanecido con un manto blanco y habían anunciado que sería la peor nevada de la década. Myriam aceptó sentarse a su lado y ella le sirvió un poco de café en la taza.

—El señor Lennon fue muy considerado al decirle a los empleados que podían irse con sus familias si lo deseaban hasta que el temporal pasara —comentó el ama de llave.

Alzó una ceja.

—¿Eso hizo él?

—Pero no se enoje con su marido, señora, yo haré la tarea de los demás empleados.

—No me enoja, Myriam, al contrario, fue un acto muy considerado —dijo—. Siempre me atendí sola y puedo seguir haciéndolo. ¿Y por qué no decidiste irte con tu familia?

—Porque White House es mi casa.

—¿Tú fuiste la única empleada que decidió quedarse?

—También está Holly y dos guardias de vigilancias.

Apoyó la taza sobre la mesa cuando se escucharon gritos en el vestíbulo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Es el vecino —respondió Myriam—. Reegan Kent. Debe venir a reclamar que otra vez los perros de la señora Taylor usan su jardín como baño.

Sus cejas se unieron en un ceño que expresaba confusión.

—Si no me equivoco, White House tiene baños más que suficiente.

—Pero parece que las flores de su jardín son más suave.

Ellas se miraron la una a la otra y sonrieron.

—¿Y dónde está Taylor? —preguntó.

—Todavía no debe haber despertado, pero cuando sepa que no podrá tener un personal a su disposición, pegará el grito al cielo —murmuró con la sabiduría que le daban sus años—. Iré a ayudar a Holly con el señor Kent. La última vez que vino amenazó con que nos demandaría, pero más que demandarnos parecía que quería asesinar a Taylor.

—¿Necesita un poco de ayuda con el vecino?

—Oh, no, querida —masculló—. Le diré al señor Andrew que se encargue de los asuntos de su esposa.

Bebió el último trago de café y se levantó de la mesa para seguir buscando el diario íntimo de Vivian.

—Me traes un té y que los huevos sean revueltos —le pidió el invitado que había traído su marido cuando ingresó al comedor.

Ella chasqueó la lengua.

—Debiste bajar antes para desayunar —pasó por su lado y le dio una palmadita en el hombro—. Ahora debes preparar tus huevos con tus propias manos.

—¡Qué insolente! —Gruñó—. Hablaré con la familia para que te despidan.

Luke McBelle, seguía siendo el mismo capullo de siempre. Él también venía de una familia adinerada y no sabía lo que era trabajar para ganarse un centavo. A sus cuarenta años estaba perdiendo pelo y había ganado varios kilos en su barriga. No le extrañaba que estuviera pasando por su tercer divorcio.

—Puedes hablar conmigo, soy de la familia.

Él soltó una risita burlona.

—¿Tú de la familia? —Repitió—. Eso quisieras. No diré nada si vas por mi té ahora mismo.

No sabía si escupirle en la cara o sacarlo a patadas de su casa en ese instante.

—Gracias por haber traído a mi marido anoche, pero ya puedes irte.

Él la miró de abajo hacia arriba.

—¡Oh, por Dios! Pero si eres Willy-Pop —Exclamó—. No te había reconocido, aunque conservas tu aspecto de clase media. Cuando Lennon me dijo que se había casado contigo, esperaba encontrarme con una gorda y no con alguien con cien kilos menos.

Inspiró una bocanada de aire para no perder los estribos. Esperaba que Vivian no hubiera vivido un romance con un imbécil como Luke McBelle.

—Y cuando mi marido me avisó que se hospedaba en White House la persona que me llamó ballena la mayor parte de mi adolescencia, salté de la emoción —murmuró con evidente sarcasmo.

Él le acarició el brazo.

—Me dicen eso con frecuencia.

Y el idiota no había notado el sarcasmo.

—Deberías hacer algo con tu pelada —añadió, señalando sus entradas delanteras con el dedo.

—Y tú deberías tener cuidado de no engordar mucho ahora que estás embarazada.

Quiso matar a Lennon por haberle contado. ¡Ni siquiera sus amigas lo sabían! Ni tampoco estaba segura de estar embarazada.

—No te preocupes, luego te pasaré la dieta que hice para que bajes tu barriga. ¿Quién lo diría? Encontrar al grandioso Luke McBelle, viejo, pelado y barrigón —soltó un bufido—. Qué horror.

—¡Luke! —gritó Lennon cuando ingresó a la casa.

Su marido parecía cabreado. Él dejó en el suelo el montón de leña que traía en las manos y avanzó hacia ellos. Luke no era de su preferencia, pero no podía dejar que su esposo lo golpeará por algo que no podía confirmar aún. Se sentiría responsable de que lo lastimara. Abrazó a Lennon cuando se acercó, como si eso pudiese detenerlo.

—Pensé que bromeabas cuando anoche me dijiste que te habías casado con Willy-Pop —murmuró Luke—. Como dice el dicho, tanto elegir acabas con lo peor. No es que ella no se vea bien ahora.

Parpadeó. Había cambiado de opinión, tal vez debía dejar que su marido le diera una buena paliza.

—¡Alegra! —Gritaron—. ¡Alegra! ¿Dónde estás Alegra?

Frunció el entrecejo. Esa voz se parecía mucho a la de Cece. Sacudió la cabeza. Pero no podía ser, ella estaba en Londres. Giró los talones y se dirigió al vestíbulo.

—¡Por el amor de Dios, Alegra! —Chilló Cece cuando la vio y corrió

hacia ella para abrazarla—. Creí que algo malo te había sucedido.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? —preguntó, desconcertada.

—Nos ha traído Jerry —respondió—. Él es un Smith y sabía cómo llegar.

Jerry era el hermano menor de Andrew y el novio de su mejor amiga. Él era un periodista deportivo y manejaba un blog importante en el que se apodaba como el *camarada del deporte*.

—¿Has dicho nos ha traído Jerry? ¿Quién más ha venido contigo?

En ese mismo instante aparecieron por la puerta Rachel y Sofía, junto a su pequeño hijo Tom.

—Te dijimos que todo estaba bien, Cece —comentó Rachel, frotándose las manos para entrar en calor.

Ella continuaba sin entender.

—¿Por qué no me has devuelto los llamados? —le recriminó Cece, mientras se quitaba su gorro de lana.

—Porque he perdido el teléfono.

A Sofía se le escapó un gruñido de los labios.

—¡Estupendo, Cece! No has hecho venir a su luna de miel porque tú tenías un mal presentimiento.

—Y todavía lo sigo sintiendo —replicó.

—Sea cual sea la causa, me alegra tenerlas aquí —y lo dijo muy en serio.

Lennon se paró a un lado de ella y se cruzó de brazos.

—¿Cómo han hecho para llegar? —Cuestionó—. Los aeropuertos han tenido que cerrar por la nevada.

—En coche, primito, hemos venido en coche —respondió Jerry, cuando ingresó cargando algunas maletas—. Y por cierto, ¿dónde están los

guardias de la entrada?

—En unas horas la nieve bloqueará todos los accesos y le he dicho a mis empleados que quien se quería ir con su familia, que lo hiciera.

—Y no ha quedado nadie, ¿verdad?

—Me ofende que pienses que puedo dejar White House —farfulló Myriam—. Por lo visto, la nevada ha traído a los Smith.

Jerry abrazó al ama de llaves y la levantó unos centímetros del suelo y la giró.

—Tú eres lo más valioso de White House —farfulló, mientras Myriam intentaba que él se detuviera—. Espero que me prepares esos panecillos con mantequilla que me encantan.

Myriam soltó una carcajada y era la primera vez que veía al ama de llaves tan feliz.

—Vaya, vaya, pero miren a quien vuelvo a ver después de dos años —murmuró Andrew, apoyando un hombro contra el marco de la puerta.

Y ella se dio cuenta de lo poco que sabía de la familia Smith. Evidentemente, los hermanos no eran muy unidos.

—En realidad, pasaron cuatro años —lo corrigió Jerry.

—Intentemos llevarnos bien ya que todos pasaremos varias horas juntos ¿vale? —recomendó su marido.

Y la oveja negra de la familia había terminado siendo el más adulto.

—Él tiene razón —lo apoyó—. Hagamos el esfuerzo hasta que el temporal se calme y además tendremos que dividirnos las tareas, porque no ha quedado casi ningún empleado.

Sus amigas estuvieron de acuerdo. Cece se tuvo que conformar con mirar amenazadoramente a su marido. Ella se había opuesto desde el principio a que se casara con él.

—Soy un McBelle y no haré el trabajo de la servidumbre —se quejó

Luke.

Por un momento, se había olvidado que él estaba allí.

—Tienes la puerta abierta y puedes marcharte cuando quieras.

—¿El Lamborghini estacionado en la entrada es tuyo? —le preguntó

Jerry.

Luke asintió con la cabeza.

—La nevada lo ha cubierto y si logras arrancar el motor, correré desnudo por la nieve.

—Entonces alguien tendrá que llevarme —masculló Luke, cruzándose de brazos.

Andrew puso los ojos en blanco.

—Siempre tan maduro, Jerry —miró a Cece y añadió—: Todavía estás a tiempo de huir de él, cielo.

Jerry entornó los párpados.

—¿Tú esposa ya te ha dejado ahora que no recibirás White House?

—White House le sigue perteneciendo a la familia Smith, hermanito.

—Él se casó con una nudista para hacer enfadar a mis padres —le contó Jerry a su novia.

—¿Desde cuándo bailar en un crimen? Y por cierto, se llama Taylor.

Lennon resopló y la miró de reojo.

—Nos esperan unos días duros —le dijo—. ¿Podríamos encerrarnos en nuestra alcoba y disfrutar de nuestra luna de miel? —le propuso.

Ella enarcó una ceja.

—¿En serio crees que tendré sexo contigo luego de llamarme hormonalmente loca?

—El rencor no es bueno, cariño.

Tom, el pequeño hijo de Sofía, le rodeó la cintura con sus brazos.

—Tu nueva casa está de lujo. ¿Podemos jugar a las escondidas?

Ella se rió. Tom era un diablillo. Sofía hacía un buen trabajo al criar sola a su hijo luego de enviudar tan joven. Era su referente de que ella podía hacer lo mismo cuando tuviera a su hijo. Si existía la perfección, Sofía lo era: una mujer fuerte, inteligente, que se había encargado de la empresa de su marido y le iba de maravillas.

Apretó la nariz de Tom y dijo:

—Tendremos muchas horas libres para jugar.

—Y también hay muchos armarios —añadió Cece.

A Tom le encantaba ocultarse en los armarios.

—No quiero ser aguafiestas, pero me gustaría descansar un rato —explayó Rachel, acariciándose su apenas visible abdomen de cinco meses—. Me cansó rápido desde que estoy embarazada.

—Oh, claro, y también haré que te lleven una taza de té a tu alcoba.

Myriam le pidió a Holly que ayudara a acomodarse a los nuevos huéspedes en sus habitaciones.

—Todavía sigo esperando quien me llevará a mi casa —murmuró Luke, cuando se quedó solo en el vestíbulo.

12. LO QUE OCULTAN LOS ARMARIOS

LA NIEVE había bloqueado todos los accesos, nadie podía entrar y salir de White House. Se habían quedado sin Wifi y sin teléfono. Estaban completamente aislados. El calor de la chimenea los había reunido a todos en la sala mientras esperaban la cena. La habitación era grande y había espacio suficiente para que se mantuvieran cerca y a la vez distantes. Su marido y Jerry estaban en un rincón aparte y hablaban en un tono para que nadie escuchase. Luke fumaba un habano mientras hojeaba una revista de caballos y Andrew, preparaba su segundo whisky.

Rachel rodó los dados sobre la mesa y sonrió cuando Noruega quedó en su poder y Cece se quedaba con un país menos. Un juego de mesa siempre ayudaba a matar el tiempo.

—¿Por qué se odian los hermanos Smith? —susurró Rachel.

Tanto ella como su amiga miraron a Cece para que respondiera.

—Ni siquiera sabía que él tenía un hermano.

—En estas clases de familia siempre es el dinero que los separa — comentó ella.

Cece tiró los dados y soltó un gruñido cuando no pudo recuperar su país.

—Lamento haber hecho un alboroto cuando llegué, pero de verdad tuve el presentimiento que estaban en problema y al no atender el teléfono...

—Ella imaginó lo peor —añadió Rachel—. Y nos arrastró a nosotras.

—Todavía no puedo sacarme esa sensación del pecho.

Revoleó los ojos.

—Gracias por preocuparte, pero puedes ver que estoy bien.

Rachel unió sus cejas coloradas.

—No pareces estar afectada de que te hayamos arruinado la luna de miel.

—Para ser sincera, me alegra tenerlas aquí.

Rachel chasqueó la lengua.

—Y solo han pasado tres días desde que están casado —murmuró—. En mi luna de miel, nos tenían que separar con agua caliente.

—Evita los detalles, ¿vale? —Dijo Cece, molesta por perder otro país—. Este juego es una porquería.

Mientras menos personas supieran que su matrimonio era por conveniencia, sería menos probable que lo descubrieran y mucho más cuando Andrew estaba en la misma habitación. Ella debía ser más convincente con su farsa de que amaba a su marido, aunque eso significara mentir a una de sus amigas.

—Lennon es un buen esposo —mintió—. Tuvimos que venir aquí porque él tenía que arreglar unos asuntos en White House, pero pronto haremos un viaje más romántico.

—¿En serio? —preguntó Cece, ceñuda.

Ella la pateó por debajo de la mesa para que la ayudara a seguir con la farsa. Cece y Jerry eran los únicos que sabían la verdad.

—Sí, regresaremos a las Filipinas —improvisó.

Rachel sacó su tarjeta de haber conquistado el continente europeo.

—Es un alivio que digas eso, porque los noto un poco distantes.

—Hemos tenido nuestras primeras diferencias.

—Él cree que su mujer está hormonalmente loca —agregó Cece.

Sus amigas dejaron de reírse cuando ella las fulminó con la mirada.

—Oh... es... es un cretino por tratarte de ese modo —farfulló Rachel, mientras se llevaba un puñado de cacahuete a la boca.

—Le dije que había visto a su hermana muerta en el bosque y él no me creyó.

—Es un gilipollas —refutó Cece.

—¿Ustedes tampoco me creen, verdad? —Repuso—. Encontré el diario íntimo de Vivian y desapareció de mi alcoba. Alguien lo ha tomado y no sé quién pudo ser.

—¿Y para qué quieres el diario de alguien que ya no está entre nosotros?

Apartó la vista hacia Lennon y se aseguró de que estuviese lejos y no la oyera, y luego la regresó hacia sus amigas.

—Vivian guardaba un secreto. Ella mantuvo una relación oculta que ni siquiera a su mejor amiga quiso contar —dijo—. La vi feliz en sus últimos días de vida y solo quiero saber quién fue ese hombre y agradecersele —resopló—. Aunque eso signifique que deba humillarme con Luke.

—¿Luke? —repitió Cece.

—Puede que Luke sea el amor secreto de Vivian.

Rachel arrugó la nariz.

—Y él siempre fue... así.

—Siempre fue un capullo —afirmó—. ¿Me ayudarán a buscar el diario?

—Prefiero hacer de detective que jugar a esta porquería de juego —masculló Cece—. ¿Quién es la primera sospechosa?

Rachel se cruzó de brazos.

—Ustedes son una malas perdedoras, ahora que voy ganando ninguna quiere seguir jugando.

—Solo te falta conquistar Oceanía y el mundo es tuyo —replicó Cece, que era un pésima perdedora—. Hagamos de cuenta que ya has ganado.

—Taylor —dijo—. Creo que deberíamos empezar por ella.

—¿Quién es Taylor? —quiso saber Rachel.

—La esposa de Andrew —respondió. Miró a su alrededor y añadió—: No la he visto en todo el día.

Todos miraron hacia el vestíbulo cuando se oyó que golpeaban la puerta insistentemente. Solo alguien que no tenía un juicio sano podía salir en un día como ese. Lennon les pidió que nadie se moviera de su lugar mientras él iba a abrir la puerta. Y ninguno le hizo caso y lo siguieron por detrás. Después de estar varias horas desconectados del mundo, era lo más cercano que tenían del exterior. Lennon abrió la puerta y un hombre cayó desplomado en la entrada. Ellos dieron un paso hacia atrás seguido de una exclamación.

Andrew se acercó al intruso y lo dio vuelta.

—¡Señor Reegan! —chilló.

—¿Quién es él? —preguntó Jerry.

—El vecino —respondió Myriam cuando apareció.

—¿El señor Reegan? —Repitió Jerry—. ¿Todavía sigue vivo? Creía que ya había muerto.

El ama de llaves puso los brazos enjarra y observó al vecino.

—Puede que ya lo esté.

Rachel, que era enfermera, ayudó a Andrew a revisarlo.

—Él todavía respira —dijo ella.

Era inevitable sentir un gran alivio. Contar con un muerto en la casa hasta que el temporal pasara, no sonaba muy divertido.

—Tráiganle unas mantas y ayúdenme a ponerlo cerca de la chimenea —ordenó Andrew.

Todos observaban al señor Reegan mientras bebía su café despacio. Él había regresado en sí y recuperado el color de sus mejillas después de haberlo

ayudado a entrar en calor. Rachel les había dicho que él había tenido un principio de hipotermia. Esperaban recibir una explicación de cómo había acabado en White House en esas condiciones.

—Debería descansar, señor Reegan —dijo Lennon—. Iré a prepararle una habitación.

Andrew arrastró una silla y la puso delante del convaleciente.

—Pero primero debe decirnos que demonios hacía afuera con este temporal.

Nunca creyó que lo diría, pero Andrew tenía razón. Ella también quería una explicación. ¡Joder! Ese hombre pudo morirse delante de ellos.

El señor Reegan arrugó el entrecejo.

—¡Esto es su culpa! —gruñó.

—¿Cómo dice? —inquirió Andrew.

El hombre lo señaló con su dedo acusador.

—Si usted controlara más a sus animales, yo no tendría que haber venido hasta aquí para quejarme.

—¿Y decidió venir a quejarse dos veces en un día durante el peor temporal de una década?

El señor Reegan sacudió una mano en el aire.

—Digamos que ha sido una vez porque no pude regresar a mi casa —repuso—. Vi a una mujer meterse en el bosque y la seguí para decirle que regresara a su hogar porque no era seguro estar afuera.

Ella se aclaró la garganta.

—¿Y cómo era la mujer? —quiso saber.

—No pude ver su rostro.

—¿Llevaba un tapado rojo?

Lennon entornó los párpados.

—Alegra... —murmuró él, en un tono de advertencia.

—¿Y su cabello era rubio?

—No recuerdo su cabello, pero su tapado era rojo, ¿usted la conoce?
«¡Vivian!» Él también había visto a Vivian en el bosque.

—Sí.

—No —replicó su marido, a través de los dientes—. Ella no sabe de quién usted está hablando.

—Es una lástima porque la perdí de vista —explayó—. La nieve dejó el suelo resbaloso y me caí, la pierna se me quedó atorada entre las ramas y no podía sacarla y cuando logré hacerlo, el sitio más cercano que me quedaba era White House.

—Hizo bien en venir, señor Reegan —dijo Andrew.

Lennon y Jerry hicieron que el señor Reegan se sujetara de sus hombros para cargarlo hasta una de las habitaciones y que descansara en una cama.

Andrew se llevó las manos a las caderas y miró al ama de llaves.

—¿Ha visto a Taylor?

—No, señor —respondió—. No ha bajado en todo el día, pero ahora iré a preguntarle si necesita algo.

—Iré contigo, Myriam —añadió él.

—¡Tom! —Chilló Sofía—. ¡¿Han visto a Tom?! —preguntó ella cuando se unió al grupo.

—No —respondió Cece—. Él no ha estado por aquí.

—Estábamos jugando a las escondidas y él sabe que debe aparecer cuando pasa mucho tiempo sin que lo encuentre —dijo en un tono desesperado—. Tom no suele hacer esto y me asusta que se haya lastimado.

Ella le sujetó una mano entre la suyas y la tranquilizó.

—Él ahora tiene muchos armarios en donde esconderse, y de la casa no ha podido salir. Te ayudaremos a encontrarlo.

—Con Rachel buscaremos abajo y ustedes sigan buscando en la planta de arriba —organizó Cece.

Sofía asintió con la cabeza.

Abrieron varios armarios de la planta de arriba y en ninguno había rastro de Tom, y tampoco respondía a sus llamados. Hasta ella había empezado a asustarse. Sofía apoyó las rodillas en el suelo y se inclinó para mirar por debajo de la cama de una de las habitaciones. Frunció el ceño cuando observó el collar de perlas que sobresalía del bolsillo trasero del pantalón de Sofía. Se parecían a las perlas que había visto en el cuello de Taylor. Sacudió la cabeza. Evidentemente, los collares debían ser similares. Sofía manejaba una importante empresa que había heredado de su marido y su casa era apenas más pequeña que White House, ella no tenía necesidad de robar, podía comprarse una joyería si lo quisiera. Además, Taylor no se quitaba las perlas del cuello ni muerta. En todas las fotografías que había visto de ella, llevaba el mismo collar.

De repente, hubo un apagón y quedaron a oscuras.

—¿Qué ha pasado? —inquirió, Sofía.

—Se ha cortado la luz —dijo—. Espero que regrese pronto.

—Tom le tiene miedo a la oscuridad —masculló ella—. ¡Tom! —Gritó—. Prometo que no me enojaré contigo, pero dime en donde estás, cariño.

Después de unos minutos, la electricidad regresó.

—Hemos buscado en todas las habitaciones —murmuró—. Tom debió bajar, tal vez Cece lo haya encontrado. Aunque...

—¿Aunque qué?

—No hemos buscado en una de las habitación.

En la alcoba de Vivian.

—¿Y qué esperas para llevarme allí?

—Siempre está cerrada, no creo que Tom haya podido entrar.

—Entonces no conoces a Tom —dijo—. Él se las ingenia muy bien para estar en los sitios en donde nadie se lo imagina.

Sofía estaba en lo cierto. Tom era un niño bastante despierto para su edad. Se dirigieron rápido a la habitación que solía usar Vivian. La puerta estaba abierta.

—¿Tom?

—¿Mamá?

Sofía quitó desesperada la silla que estaba trabando las puertas del armario y sacó a su hijo de adentro. Sintió como si le hubiesen sacado una tonelada de piedras al ver que Tom estaba bien. Ella lo abrazó cuando su madre se aseguró de que su hijo estaba entero.

—¿Acaso no escuchabas que te estábamos buscando?

—Sí.

—¿Y por qué no respondías?

—Porque la mujer me dijo que sería más divertido si no lo hacía.

Sofía sujetó a su hijo de los hombros.

—¿La misma que te dejó encerrado en el armario?

Tom asintió con la cabeza.

Ella se cruzó de brazos y arrugó el ceño.

—¿Y quién es esa mujer?

—Vivian —respondió—. Me dijo que se llamaba Vivian.

A ella empezó a faltarle el aire y tuvo que sentarse en la cama.

—¿Estás seguro que te dijo ese nombre?

—Sí, ella también me dijo que jugaría conmigo cuando estuviera aburrido.

Lennon ingresó a la alcoba cuando vio las luces encendidas.

—¿Qué hacen aquí? —quiso saber.

—¿Quién es Vivian? —preguntó Sofia.

—Vivian es mi hermana —respondió su marido.

—Dile a tu hermana que no es divertido encerrar a un niño de siete años en un armario —replicó Sofia.

—Lo haría, pero ella falleció hace más de diez años.

—No es divertido lo que dices, Lennon.

Él apretó los labios.

—Tampoco es divertido que le echas la culpa a un muerto.

Sofia la miró de golpe para rectificar lo que su marido estaba diciendo.

—Él... él tiene razón —afirmó—. Tom habló con alguien que ya no está entre nosotros.

13. TODOS SON SOSPECHOSOS

MYRIAM salió de la alcoba de Taylor a los gritos y con un ataque de histeria, y detrás de ella apareció Andrew. Él estaba pálido y corrió hacia ella cuando la vio en el corredor.

—Busca a tu amiga la enfermera —le pidió.

Lennon que estaba tan en shock como ella después de lo que había sucedido en la habitación de Vivian, abrió la boca y preguntó:

—¿Qué está ocurriendo, Andrew?

—Taylor... ella... busca a tu amiga, Alegra.

Sofía rodeó los hombros de su hijo y lo apretó contra sus caderas con miedo de volver a perderlo.

—Tranquila, iré yo por Rachel.

Ella asintió, mientras intentaba calmar al ama de llaves.

—Taylor... está... está... —balbuceaba el ama de llaves.

Andrew se agarró la cabeza con las manos.

—¡No lo digas Myriam! —gruñó.

Miró a su marido con los ojos abiertos en par en par y los dos corrieron hacia la habitación de Taylor. Lo que encontraron sobre la cama fue espantoso. Tuvo una arcada. Lennon la abrazó cuando estuvo a punto de caerse.

—Vete de aquí, cariño.

Volvió a mirar a Taylor. Tenía el rostro desfigurado por los golpes que le habían dado. Ella estaba muerta.

—¿Quién hizo esto? —quiso saber.

—No lo sé, cariño.

Lennon le dio un beso en la frente y la sacó de la habitación.

—¿Qué demonios has hecho Andrew?

Andrew que no parecía estar mejor que ellos, vomitó en un masetero y luego alzó la vista hacia su primo.

—¿Acaso crees que tuve algo que ver con esto?

—¡Maldición, Andrew! —Chilló—. Ella está en tú cama. ¿Quién más querría hacerle daño?

Él se acercó a su marido furioso y luego retrocedió, echando peste por lo bajo.

—¿Y tú piensas que asesinaría a mi esposa teniendo tantos testigo y sabiendo que sería el primer sospechoso?

Rachel apareció y Andrew la llevó a ver a su esposa, y después de varios minutos, ella confirmó lo que estaba a la vista. Habían asesinado a Taylor. Y el asesino estaba entre ellos. Tragó saliva. La habían golpeado varias veces con un palo de golf. Los palos que fabricaban la familia Smith.

Todos se reunieron en la sala y se miraron el uno al otro con desconfianza. Acababa de suceder un asesinato en White House y el asesino era uno de ellos. Si Andrew no había matado a su esposa, ¿quién más tenía motivos para hacerlo? Su esposo se sentó a su lado cuando se aseguró que estaban incomunicados con el exterior y no podían llamar a la policía para que se ocupara del caso. Él sujetó su mano y entrelazó sus dedos con los suyos, y ese simple gesto la ayudó a tranquilizarse.

Cece, que estaba a su otro lado, la codeó para llamar su atención.

—Te advertí que tenía un mal presentimiento —susurró.

Agradeció no haber sido ella quien acabara como Taylor. La vida pasaba muy rápida y se dio cuenta que no debía gastarla en enojos absurdos

que no llevaban a ningún sitio. Miró de reojo a Lennon. Ella no se había casado con él solo porque quería un hijo, en el fondo su amor de la adolescencia seguía estando y latiendo como siempre. Lo amaba a pesar de saber que le destrozaría el corazón.

—Y no debiste venir Cece —dijo en voz baja—. Ahora ustedes también están en riesgo. El asesino está en esta sala.

—Somos amigas y nunca te dejaríamos solas. Juntas podemos defendernos.

Luke se levantó de su asiento y dijo:

—Como somos los únicos que estamos en la casa, está claro quién asesinó a Taylor ahora mismo me está mirando —masculló—. Debemos descubrir quien ha sido y encerrarlo en una habitación hasta que llegue la policía.

Lennon se cruzó de brazos.

—¿Y a cuál de nosotros encerramos?

Jerry se inclinó hacia delante y apoyó los codos en sus muslos.

—Tú deberías ser quien se encargue de atraparlo, Lennon —murmuró—. Tú sabes más del asunto.

Probablemente Lennon tuviese en su currículum algunos arrestos típicos de los que les gusta divertirse de la noche, pero eso no significaba que él supiera como resolver un caso de asesinato.

—¿Y por qué mi marido debe saber más del asunto? —le cuestionó.

—Porque debo ser el más astuto —respondió Lennon por su primo.

Andrew soltó un bufido.

—¿Tú astuto? ¡Ja! Ni siquiera sabes lo que es trabajar.

—Es tiempo que la familia se entere en qué trabajas, Lennon —insistió Jerry.

Ella miró curiosa a su esposo.

—Te apuesto a que es un gigoló —se mofó Cece.

Rachel puso los ojos en blanco.

—Los nervios hacen que digas estupideces, ¿verdad, Cece?

Sofía, que le había puesto unos auriculares a su hijo mientras veía dibujitos para que no escuchara nada de lo que estaba sucediendo, sujetó el atizador de la chimenea y lo apoyó sobre su regazo para usarlo como defensa personal.

—No quiero sonar grosera, pero me gustaría saber en que trabajas Lennon. La seguridad de mi hijo está en peligro y quiero encontrar rápido al asesino —terminó, echándole una mirada fugaz a Andrew.

Su marido al verse acorralado por todos, respondió:

—Trabajo para el servicio secreto, y ser un holgazán que vive a costa de su familia, es parte de la fachada.

Ella pestañó.

—¿Bromeas, verdad?

—No, cariño.

—¿Y por qué te casaste conmigo si el dinero no te interesa?

—Por complacer a mis padres y además, yo...

—¡Lo sabía! —Chilló Andrew—. Sabía que te habías casado solo para cobrar la herencia. ¡Maldito bastardo! Acabas de confirmar que tu matrimonio es una farsa y White House debe regresar a mí.

Lennon se paró de un salto y cogió a Andrew de la chaqueta.

—No vuelvas a repetir que mi matrimonio es una farsa —gruñó—. Amo a mi esposa, a diferencia de ti que mataste a la tuya a golpes.

Andrew le giró el rostro de un puñetazo en la mandíbula.

—¡Yo no maté a mi esposa! —Rugió. Observó a cada uno que estaba en la habitación y añadió—: ¿Alguien más piensa que soy un asesino?

Ellos bajaron la mirada para evitar responder esa pregunta.

—Vale, les facilitaré el trabajo y me encerraré en mi despacho hasta que llegue la policía —farfulló—. Pero quien haya matado a mi esposa, todavía sigue entre ustedes.

El ama de llaves se puso entre medio de su esposo y Andrew.

—Parecen dos chiquillos malcriados —los regañó—. En vez de unirse para hallar una explicación, se pelean entre ustedes.

—Puede que mi relación con Taylor no haya sido la mejor, pero no la maté —volvió a defenderse Andrew.

—Mi hermano puede ser el capullo más grande, pero no es un asesino —agregó Jerry.

—Ahora todos somos sospechosos hasta que aparezca el verdadero autor del crimen —repuso Myriam—. Debemos tranquilizarnos. ¿Y si hay alguien más en la casa y todavía no lo sabemos?

El ama de llaves tenía razón. ¿Y si Vivian había podido hablar con Tom y encerrarlo en un armario, también había podido matar a Taylor? Sacudió la cabeza. Eso era una locura. Lennon se acarició la mandíbula y la miró.

—Ni se te ocurra decir lo que estás pensando —le dijo como si estuviera leyendo su mente.

—Una tal Vivian encerró a mi hijo en el armario —comentó Sofía—. ¿Y si ella mató a la mujer?

Se encogió de hombro y sonrió a su esposo. Ella no había abierto la boca.

—Mi hermana muerta no pudo encerrar a tu hijo en el armario —gruñó—. Él debió confundirse.

—Mi hijo no miente.

Andrew puso los brazos en jarra.

—Pero es más fácil creer que una persona regresó de los muertos y

encerró a un niño en un armario y asesinó a mi esposa.

Sofía sonrió mordaz.

—¿Sabes? Tienes mucha razón, es imposible que algo como eso sucediera, por eso sigo creyendo que tú lo hiciste.

—Tú también estás entre los sospechosos, dulzura —replicó él.

Sofía frunció el ceño.

—¿Por cuál motivo mataría a tu esposa?

—No lo sé, pero lo averiguaré.

Ella recordó el collar de perlas que había visto en el bolsillo de Sofía. Collar de perlas que a Taylor le faltaba del cuello cuando la encontró en su habitación. Sintió una punzada en la boca del estómago. ¿Y si Sofía era la asesina? Se negaba a creerlo, ¿pero por qué otra razón ella tenía su collar?

—Siempre supe que la familia Smith no era normal —musitó el señor Reegan—. Una familia de estafadores, empezando por su abuelo que me robó mis campos de golf y ahora también son unos asesinos.

—Mi abuelo ganó sus campos en una apuesta de cartas —le recordó Jerry.

—Y si mal no recuerdo, usted amenazó en matar a mi esposa si sus perros volvían a arruinar su jardín.

—Yo no puedo matar a nadie, apenas puedo caminar —negó—. Y ustedes vieron en qué estado llegué.

Su marido entornó los párpados.

—Pudo lastimarse la pierna cuando intentaba huir luego de cometer el crimen.

—¡Intentaba ayudar a una mujer que se metía en el bosque! —gruñó él.

—Esa es la versión que usted cuenta, señor Reegan —repuso Myriam. De repente, aparecían los posibles asesinos de Taylor, el marido frío y

distante de su esposa, el vecino obsesionado por su jardín, y una dulce madre que tenía la joya de la víctima.

14. UN CRIMEN NO ES SUFICIENTE

SI LA MOTAÑA no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña. Jerry se había ofrecido a buscar a los guardias que vigilaban White House para que ellos pudieran llamar a la policía a través de su comunicador. Cece se quitó la bufanda y luego se la puso a Jerry en el cuello y lo besó en los labios.

—¿Por qué debes ser tú quien tenga que ir a buscar a los guardias? — se quejó ella.

—Porque alguien debe hacerlo, cariño —le acarició la mejilla con su mano enguantada y añadió—: Mantente cerca de Lennon, él podrá cuidarte mientras no esté, ¿vale?

Cece asintió con la cabeza.

—Y si te apresuras en ir con los guardias, la policía vendrá pronto a rescatarnos —murmuró Luke.

Cece se volteó hacia él furiosa.

—¿Y por qué no sales tú, gilipollas?

—Porque luego nosotros tendríamos que salir a buscarlo a él — contestó ella—. Sería doble trabajo.

Una ráfaga de viento helado ingresó cuando Jerry abrió la puerta y salió por la ayuda. Lennon le rodeó los hombros con un brazo y le susurró al oído:

—Busca a tus amigas y enciértrate en una habitación segura, y yo me ocuparé del resto.

Su marido no diría eso si supiese que una de sus amigas podía ser la autora del crimen. Alzó la vista hacia él.

—¿Desde cuando trabajas para el servicio secreto? —quiso saber.

—Hablaemos de eso luego, ahora lo único que me importa es mantenerte a salvo, cariño.

Quise creer que su preocupación era porque la amaba y no porque si perdía a su esposa, no cobraría su herencia. Por otro lado, descubrir que aquel muchacho justiciero que una vez supo enamorarse nunca se había ido, hizo que volviera a sentir un cosquilleo en el estómago al tenerlo cerca.

—¿Quién crees que pudo lastimar a Taylor?

—No lo sé, pero me siento fatal seguir pensando que ha sido Andrew.

—¿Cómo puedo ayudarte? —le preguntó.

—Un café no me vendría mal —repuso—. Tendré que estar bien despierto hasta que la policía llegue.

Ella le sujetó el rostro entre sus manos y lo besó en los labios.

—Iré por tu café.

Lennon le cogió un brazo con fuerzas.

—Y luego tú y tus amigas se encerrarán en una de las habitaciones —le ordenó—. No intentes jugar a la detective. La persona que haya lastimado a Taylor no dudará en hacerlo de nuevo si se siente amenazado.

Frunció el ceño.

—¿Por qué piensas que iré tras el asesino?

—Porque los problemas no vienen a ti, tú sales a buscarlos.

Parpadeó.

—Eso no es cierto.

—Cariño, te casaste conmigo —dijo—. Sabiendo que era el desastre en persona.

—El amor es tonto y caprichoso.

Él enarcó una ceja.

—¿Me amas?

—¿Al café lo quieres con azúcar?

Su marido esbozó una pícaro sonrisa.

—Dos cucharadas, por favor.

Había preparado café para todos. Las tazas se chocaron y volcaron un poco del líquido oscuro cuando se detuvo de golpe para hablar con Sofía. Ella se hallaba apartada del grupo. Debía descartarla de su lista de sospechosos.

—¿Café?

Sofía negó con la cabeza.

—Estoy tan nerviosa que no puedo comer y beber nada.

Entornó los párpados.

—¿Por qué estás nerviosa?

Sofía se cruzó de brazos y unió sus cejas castañas.

—Tal vez sea porque estamos en la misma habitación con asesino.

Ella no soportó más y tuvo que ir al grano.

—¿Por qué tienes el collar de perla de Taylor?

—No sé de qué collar me hablas.

«Sofía no podía ser la asesina», se negó a creerlo.

—Habló del collar que hoy tenías en el bolsillo del pantalón —le aclaró—. Y sé que le pertenece a Taylor —profundizó—. Y se da la casualidad que ella no lo tenía en su cuello cuando la encontraron muerta en su cama.

Sofía la miró boquiabierto.

—¡Oh, por Dios! —Gimió—. ¿Me estás acusando de haberme robado el collar?

—Solo quiero saber qué hacías con él.

Sofía dio un paso hacia ella y dejó su rostro muy cerca del suyo.

—Tengo el presentimiento que no solo me acusas de habérmelo

robado, sino también de ser la autora del crimen. ¿Acaso me equivoco?

Por un instante, se le pasó por la cabeza que Taylor la había descubierto robándolo y Sofía reaccionó dándole un golpe para callarla. Sujetó más fuerte la bandeja cuando se le estaba resbalando de las manos.

—Todavía espero tu respuesta.

—Hallé el collar en el suelo mientras buscaba a Tom y lo guardé en mi bolsillo para luego entregártelo. Creí que te pertenecía —le explicó—. No puedo creer que pensaras que podía ser una asesina —sacudió la cabeza—. Me has decepcionado, Alegra. Pensé que éramos amigas y nos conocíamos muy bien.

Cerró los ojos y suspiró. Se sintió fatal por haber desconfiado de su amiga.

—Vale, lo siento —se disculpó—. Los últimos días han sido complicados para mí y hallar un muerto en mi casa, fue la gota que rebalsó el vaso.

—¿Sabes? Vine hasta aquí porque me preocupaba por ti, pero ahora no tienes ni idea de cómo me estoy arrepintiendo —dijo antes de darle la espalda y alejarse.

—Sofía...

Maldijo por lo bajo cuando Luke se le arrimó y cogió una taza de la bandeja.

—Espero que no te hayas olvidado del chorrito de nata, Willy-Pop.

Deseaba con todo su ser que el café le cayera como una bomba al estómago. Ella le sonrió y se apartó. Había asuntos más importantes que solucionar que responderle a un capullo como él. Se abrió paso hasta su marido y le entregó su taza. Él revolvió el líquido con la cuchara, a la vez que la miraba seductoramente. Era como si la adversidad los hubiera unido. De repente, Lennon endureció la expresión del rostro y dejó la taza abruptamente

sobre la bandeja. Ella no entendió nada hasta que lo vio correr hacia Luke que se estaba asfixiando. Él tenía las manos en el cuello y se había puesto completamente morado. Rachel intentó ayudarlo, pero ya era tarde. Luke había muerto delante de ellos. A ella se le cayó la bandeja al suelo y las tazas se hicieron añico.

—¿Qué era lo que él estaba tomando? —preguntó su marido, acuclillado a un lado de Luke.

—Café... —respondió con la mirada perdida.

Cuando ella deseó que el café le cayera como una bomba, no era literal.

—¡Oh, por Dios! —Chilló el señor Reegan—. Nos están matando de a uno.

Su marido se le acercó y le sujetó las manos cuando se dio cuenta que estaba a punto de entrar en un shock.

—¿Quién preparó los café, cariño?

—Yo...

—¡Ella es la asesina! —gritó el vecino.

—¿Qué? ¡No! Preparé el café como lo hago habitualmente —los ojos se le llenaron de lágrimas—. No quise que nada malo le sucediera a Luke.

Lennon la abrazó e hizo que apoyara su cabeza contra su pecho.

—Shh... —gimió—. Lo sé, cariño, tú no has tenido la culpa.

El señor Reegan se levantó del sofá y la señaló con el dedo.

—¡Ella iba a matarnos a todo con el café! —la acusó.

Dirigió la vista hacia Sofía, si ella hubiese bebido el café, también hubiese muerto. Se llevó una mano a la boca y sintió mucho miedo. Y por la palidez del rostro de Sofía, supo que ella también se había dado cuenta.

—Si vuelve a repetir algo como eso, tendrá que regresar a su casa, señor Reegan —la defendió Lennon, en un tono cargado de advertencia.

—Deberíamos ir a otra habitación —propuso Cece, con los ojos puesto en el cuerpo de Luke que estaba en medio de la sala.

—Y lo que se vaya a consumir de ahora en adelante, que venga en paquete cerrado —añadió Andrew. Él la miró y continuó—: Para que no vuelva a ocurrir percances como este.

El ama de llaves los miró a uno por uno y dijo:

—Quien sea el que esté haciendo esto, que se detenga ahora mismo —dobló los brazos cuando sus manos empezaron a temblar—. Vamos Holly, busquemos en la cocina cosas que se puedan comer.

Andrew se metió las manos en los bolsillos y se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Dada las circunstancias, prefiero cuidarme solo —repuso—. Estaré en mi despacho por si necesitan algo, exceptuando por si vienen a asesinarme.

—¿Cómo puedes bromear con esto? —replicó Sofia.

—Oh, dulzura, no estoy bromeando —explayó—. Deberías buscar el modo de mantenerte a salvo junto a tu hijo.

Rachel alzó en brazos a Tom que dormía en el sofá.

—Deberíamos ir a una alcoba y ponerlo en la cama.

—Es una buena idea —dijo Cece—. Así podremos túrnanos para descansar.

Lennon le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y le dio un beso tierno en los labios.

—Deberías ir con ella.

—¿Y tú que harás?

—Buscar si hay alguien más aparte de nosotros.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Ten cuidado, cariño.

Él volvió a besarla.

—No te desharás de mí tan fácil, cariño.

Se alejó de su marido a regañadientes y siguió a sus amigas por detrás.

Sofía se detuvo de golpe y se volteó hacia ella.

—¿No sientes miedo de compartir la habitación con una asesina?

Ella continuaba muy molesta.

—Sofía... lo siento... yo...

—¿Sabes? Ahora la que desconfía de ti soy yo y no quiero que mi hijo comparta la misma habitación contigo.

A ella se le formó un nudo en la garganta.

—Vale, lo entiendo.

Entendía que sus últimos días habían sido una pesadilla.

15. EL BEBÉ MÁS DESEADO

ELLA se había encerrado en su alcoba bajo llave, mientras esperaba que Jerry regresara con la policía. Se hizo un ovillo en la cama sin apartar los ojos de la puerta. Tenía la sensación de que alguien entraría y la mataría como lo habían hecho con Taylor. El pomo empezó a girar y ella se aterró.

—¿Alegra? —dijo una voz similar a la de Lennon, pero la persona que había cometido los crímenes fácilmente podía imitar su voz.

Ella sacó las piernas de la cama y se acercó.

—¿Quién eres?

—Tu marido, cariño, abre la puerta.

—¿Cómo sé que eres tú?

—¿Acaso no reconoces mi voz?

—¿Dónde nos conocimos?

—En una pista de patinaje.

—Error, fue en las Filipinas.

—Error, ahí nos volvimos a encontrar —la corrigió—. La primera vez que te vi fue en una pista de patinaje, llevabas unos pantalones amarillos y fue el mismo día en que te hiciste amiga de Vivian.

Sus labios se curvaron en una especie de sonrisa. Él no lo había olvidado. Ella abrió la puerta.

—Vale, eres tú.

Él ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—¿Ahora puedo pasar? —inquirió con más paciencia de la que tenía.

—Me encantaría.

Él ingresó a la alcoba y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Dónde están tus amigas? —quiso saber.

Se encogió de hombro.

—No quieren compartir la misma habitación conmigo.

La expresión de su rostro se endureció y él parecía estar muy molesto.

—¿Dudan que tú puedas lastimarla?

Hizo una mueca con los labios.

—Es en represaría por haber desconfiado de una de mis amigas — repuso. Cerró los ojos y gimió—: No sabes cuánto me arrepiento de haberlo hecho.

Su marido le sujetó una mano y la tironeó hacia él.

—¿Y por qué desconfiaste de tu amiga?

—Fue un mal entendido.

Lennon le rodeó la cintura con los brazos y la miró fijo a los ojos.

—Creo que una buena noticia en este momento nos vendría bien — murmuró—. Deberías hacerte las pruebas de embarazo.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y si no estoy embarazada? No me siento preparada para recibir un rechazo.

Él le sujetó la barbilla y le rozó los labios suavemente con los suyos.

—Tranquila... estoy contigo, ¿vale? —repuso—. Y si da negativo, lo volveremos a intentar.

Se había tomado una jarra con agua, pero era difícil poder orinar si tenía a su marido parado delante de ella observando como lo hacía.

—Podrías darte la vuelta, por favor.

Él soltó un bufido y le dio la espalda.

—No puedo hacerlo... es como si me hubiesen cocido la vejiga.

—Claro que puedes, cariño, concéntrate.

—Estoy muy nerviosa, será mejor que lo dejemos para otro día.

—No te levantas de ese retrete hasta que hayas orinado —dijo él, sin darle otra alternativa.

—Entonces tendrás que distraerme hablándome de otra cosa.

—¿Y de qué quieres que hable? ¿Del clima?

—Podrías empezar explicando por qué ocultaste todo este tiempo en donde trabajabas.

Él sonrió.

—¿Con qué ahí querías llegar, eh?

—Debería saberlo por ser tu esposa.

—Me sentí furioso cuando el asesino de Vivian escapó y lo empecé a buscar y lo encontré, y fue en ese momento en el que tuve miedo por las cosas que el hombre puede hacer si no tiene control —expresó—. Lo golpeé de tal modo que por poco no lo mato y me hubiese convertido en igual que él.

—Tú reacción era entendible, cariño.

—Quise que no existieran más casos como el de Vivian y decidí hacer justicia, pero abalado por la ley. Y como era bueno en mi trabajo, me fueron ascendiendo y empecé a trabajar en casos encubierto —le contó—. Y esas también fueron excusas para alejarme aún más de mi familia, mientras menos cosas supieran de mí, más seguro estarían.

—¿Nunca me investigaste antes de pedirme matrimonio por trabajar en donde trabajas?

Él negó con la cabeza.

—Supongo que me dejé llevar por tus lindos ojos azules y le caíste bien a mis padres —hizo una pausa y añadió—: ¿Mis padres supieron quien eras desde el principio?

«Oh, no, cariño. Ellos solo organizaron todos nuestros encuentros casuales y me contrataron para que me casara contigo», respondió para sí

misma. Ella se llevaría ese secreto a la tumba.

—Tus padres me reconocieron en el mismo día de la boda.

—Siempre hubo algo en mí que sentía que te conocía —dijo—. Y cuando te vi en la fiesta en la playa, tu mirada, tu sonrisa, las cosas en común que teníamos cuando hablábamos...

Tal vez era porque lo estaba seduciendo esa noche y tomó la ventaja de conocerlo para tocar temas que sabía que a él le iban a gustar. Pero de eso él tampoco iba a enterarse nunca.

—Supe que si debía casarme, debía ser contigo.

—¿Y por eso desapareciste hasta que por casualidad te volví a encontrar en una galería de arte? —En realidad ese encuentro no había sido tan casual—. ¡Gritaste que había una bomba en el avión del que volvíamos de las Filipinas! Los de seguridad te bajaron y no supe nada más de ti.

—Estaba trabajando en un caso de narcotráfico y reconocí a uno de los sospechosos en ese avión, debía hacer que revisaran todas las maletas.

Su vejiga empezó a descargarse.

—Pásame una de las cajas —le pidió.

Él se la entregó y ella se hizo la primera prueba, y luego todos los test que Lennon había comprado.

—¿Preparada para ver los resultados? —preguntó él, que había dejado los aparatitos uno al lado del otro arriba del lavado.

Respiró hondo y asintió con la cabeza. Se lavó las manos y se sentó en el borde de la tina. Lennon tomó uno de los test y observó el resultado, sonrió y dijo:

—Positivo —siguió mirando las otras pruebas y continuó—: Positivo, positivo, positivo... ¡Joder, Alegre! Estás más que embarazada.

Ella se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar. Había deseado a ese bebé con todas sus fuerzas, y ahora sentía miedo de no poder

ser una buena madre. Exhaló una bocanada de aire y contó hasta tres para tranquilizarse.

—Todavía no es seguro hasta que tenga el análisis de sangre.

Él se acuclilló delante de ella y le enjuagó las lágrimas con el pulgar.

—Te has hecho más de diez pruebas, cariño. Y todas dicen que estás embarazada —murmuró—. Seremos padres.

—¿Seremos padres?

—Sí.

Él sujetó su rostro entre sus manos y los dos empezaron a reírse.

—Podrás ver a tu hijo cuando quieras.

—Eso nunca tuvo en discusión, cariño —dijo, mirándola fijo a los ojos.

—¿Cuándo le dijiste a Andrew que me amabas era parte de tu actuación?

Él le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Te amo Alegra, nunca me hubiera casado contigo sino fuera cierto —repuso—. Me robaste el corazón, Willy-Pop.

Se sorbió la nariz con el dorso de la mano, a la vez que intentaba asimilar lo que le estaba sucediendo. Ella estaba viendo al muchacho que una vez se supo enamorar perdidamente. Le rodeó el cuello con los brazos, besándolo con necesidad. En el jaleo de quitarse la ropa, se resbalaron y cayeron dentro de la tina seca. Él extendió los brazos y apoyó las palmas de las manos a los costados de su cabeza, y la estudió con la mirada como si nunca antes la hubiera visto. Se sintió intimidada y deseada. De repente, él empezó a lanzar blasfemia entre dientes.

—Esto es un descuido... —dijo, saliendo de la tina.

Ella le mordisqueó el labio inferior.

—No te preocupes por eso, ya estoy embarazada.

—Me refiero a que es un descuido hacer el amor mientras tenemos a un asesino a pocos metros —le aclaró, mientras cogía su mano para ayudarla a salir de la bañera.

—Oh, eso, claro —masculló—. No estaría nada bien... —acarició su mandíbula—. ¿Aunque si esto fuese la última cosa que hiciéramos?

—Al demonio con todo —gruñó él.

Su marido la volvió a besar con fuerza, sujetó sus nalgas con las manos e hizo que sus piernas rodearan sus caderas, luego apoyó su espalda contra la pared. Ella le desabotonó la camisa con desesperación, mientras él estimulaba sus pechos. Lennon apoyó la frente sobre su hombro y empezó a maldecir otra vez. Parpadeó.

—¿Hice algo mal? —preguntó.

—No, ese es el problema, eres perfecta.

Se aclaró la garganta.

—¿Y por qué te detuviste?

Él alzó la vista hacia ella y dejó sus pies en el suelo.

—Porque alguien puede matarnos mientras te estoy haciendo el amor —dijo, abotonándose la camisa—. No puedo concentrarme en mi trabajo si te tengo cerca, eres... eres... una tentación.

Ella sonrió.

—¿Lo soy?

Su marido sujetó su mano y se la llevó a su miembro erecto.

—¿Tú que crees?

Esbozó una seductora sonrisa, a la vez que se lo acariciaba como promesa de lo que le esperaba.

—Atrapa al mal nacido —le ordenó—. Y luego estarás a mi disposición por completo.

Él cerró los ojos y se estremeció con sus caricias.

—No dudes de eso, nena —murmuró, alejando su mano de su entrepiernas a regañadientes.

Lennon se dirigió a la habitación continua y ella lo siguió por detrás.

—¿Crees que hay alguien más en la casa aparte de nosotros?

—No lo sé, por eso empezaré a ver los videos de vigilancias —respondió—. Espero que las cámaras sigan funcionando.

Recordó que la última conversación que había tenido con Taylor era que ella iba a buscarle las grabaciones de vigilancia. Tragó saliva. ¿Y si ese era el motivo por la que la habían asesinado? Abrió grande los ojos cuando Lennon sacó un revólver debajo de la cama.

—¿Siempre tuviste esa cosa ahí abajo? —le cuestionó, cruzándose de brazos.

Una esquina de la boca de él se inclinó convirtiéndose en una perezosa sonrisa, al mismo tiempo que sacaba el cargador del arma y lo volvía a poner.

—Si mal no me equivoco, desde que nací —murmuró él, en un tono cargado de diversión.

Entornó los párpados como respuesta.

—¿Tienes otra arma?

—¿Por qué quieres saber?

—Porque también quiero usar una.

—¿Sabes usar un arma, nena?

«No».

—Sí —afirmó—. No dejaré que vayas solo —repuso—. Necesitas refuerzos.

Él se rascó la nuca, pensativamente.

—¿Quieres acompañarme a pesar de que tu vida y la de nuestro hijo pueda correr peligro?

—Tu vida también corre peligro.

—Vale, si quieres acompañarme, por mí está bien.

—¿No te opondrás?

—¿Somos un equipo, verdad?

Le gustó que él fuese un marido comprensible y maduro. Él le mostraba una faceta nueva cada segundo.

—Hay un revólver más pequeño en el tocador, sobre los estantes de las toallas, te será más fácil usarla —le informó.

La palabra *fácil* hizo que no lo pensara dos veces y fue por ella. Buscó entre las toallas y no halló nada.

—No la encuentro, cariño.

La puerta del tocador se cerró y oyó girar la llave en la cerradura.

—¡Lennon! —Gritó, intentando abrir la puerta—. ¡¿Qué crees que haces?!

—Cuidarte, cielo —dijo él desde el otro lado.

¡Él la había engañado! Apretó los labios y soltó un gruñido.

—¡Abre la puerta ahora mismo! —chilló.

—Volveré pronto y nos iremos de luna de miel, cariño.

—¡Luna de miel una mierda! ¡Abre la puerta capullo! ¡Criaré a mi hijo sola y te pediré el divorcio!

—También te amo —fue lo último que le dijo antes de desaparecer.

Y se odió por sentirse feliz al oír que su marido la amaba.

16. INTERROGANDO A SOSPECHOSOS

SUS AMIGAS le abrieron la puerta del tocador cuando fueron a su alcoba a disculparse por haberla dejado sola.

—¿Dices que tu marido fue quien te dejó encerrada? —cuestionó Cece, indignada.

—El miserable no quiso que lo acompañara a buscar al asesino —respondió, todavía demasiado enojada.

—Imagino lo cabezota que te habrás comportado por lo que él tuvo que llegar a este extremo —comentó Rachel.

La miró con el rabillo del ojo.

—Se supone que debes estar de mi lado.

—Lennon es el que sabe perseguir a los malos, no tú —replicó ella.

Cece se aclaró la garganta.

—¿Entonces es verdad que él trabaja para el servicio de inteligencia británico?

—Así parece —afirmó—. Debes admitir que te equivocaste con él.

—A lo que tu marido se dedique no cambia el hecho de que él te haya pedido matrimonio para cobrar su herencia.

El rostro de Rachel adoptó una expresión de asombro.

—¿Entonces era cierto?

—Y te olvidas la parte en la que me casé con él porque quería su esperma —le recordó—. Que probablemente ya lo haya conseguido.

Sofía que se había mantenido al margen de la conversación, añadió:

—¿Estás embarazada? —preguntó.

—Parece que tendré que dejar de esperar a la cigüeña.

—¡Oh, por Dios! —Gimió Rachel—. ¡Tendremos a nuestros hijos casi en la misma fecha!

—¡Vaya! No imaginé que sería tan rápido —expresó Cece, con evidente sorpresa.

—Igual todavía no es nada seguro.

Sofía se inclinó hacia ella y la abrazó.

—Estoy feliz por ti, Alegra —murmuró—. Lamento haberte dicho lo que te dije. Siempre serás mi amiga.

Ella apoyó las manos en sus hombros y extendió los brazos para apartarla y mirarla a los ojos.

—Estabas en todo tu derecho de enojarte conmigo. Nunca debí desconfiar de ti. ¡Madre mía pero si eres la mujer perfecta! —Exclamó—. Tal vez una parte de mi quiso encontrarte un lado oscuro.

Rachel aplaudió emocionada.

—Ahora que está todo bien entre nosotras, deberíamos averiguar quién fue el que cometió los crímenes.

Sus cejas se unieron.

—Hasta hace un momento me dijiste que mi marido tenía razón en que no me entrometiera.

—No hablo de atraparlo literalmente, sino de reunir la información que sabemos hasta ahora para llegar al verdadero sospechoso. Sería una especie del club del crimen —explayó—. Así mataremos el tiempo hasta que llegue la policía.

—La lista de sospechosos no es muy larga —dijo Cece.

—Pero tiene que haber un sospechoso potencial.

—Está muy claro que el asesino es Andrew, el marido de la víctima —farfulló Sofía—. Y quiso eliminarnos a todos al envenenar el café.

—No lo sé —dijo ella—. El vecino, el señor Reegan, había

amenazado a Taylor porque sus perros usaban su jardín como baño.

—¿Y qué me dicen del ama de llaves? —Cuestionó Cece—. Ella fue quien halló muerta a la víctima y tiene libre acceso a la cocina.

—¿Myriam? —Agitó una mano en el aire—. Ella estaba tan asustada como nosotras.

—Podría estar fingiendo —defendió Cece su teoría.

Rachel se llevó una mano a la barbilla, pensativamente.

—¿Y si no fuésemos ninguno de nosotros y hubiera un tercero que todavía no entró en escena?

Ella abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir:

—Tal vez suene a una locura, pero si el asesino fuese alguien que ya no está entre nosotros.

—¿A qué te refieres?

—He visto a la hermana de Lennon, que ya falleció hace varios años, y no he sido la única, el señor Reegan la vio en el mismo sitio que yo y Tom no solo vio a Viviam, sino también habló con ella —les contó—. ¿Y si... y si ella está enojada por algo?

Rachel puso los ojos en blanco.

—Haré de cuenta que no he oído lo que acabas de decir.

—Tom dijo que una tal Vivian lo había encerrado en el armario —agregó Sofía.

Cece se llevó una mano a su pecho izquierdo como superstición de protección.

—Vivian debe buscar venganza —dijo melodramática—. Suele suceder cuando se tiene una muerte violenta.

Sofía frunció el ceño.

—¿Y por qué descargar su furia con nosotros? Si no le hemos hecho nada.

—¡Joder! Los fantasmas no existen —exclamó Rachel—. Deben temer más a los vivos que a los muertos.

—Deberíamos descartar a los otros sospechosos para asegurarnos de que esta teoría pueda ser factible —propuso ella.

Cece y Sofía estuvieron de acuerdo en interrogar a los sospechosos.

—Cuando mencioné que resolviéramos el caso, hablaba en potencial no literalmente —gruñó Rachel.

El señor Reegan se había ocultado en la biblioteca y había decidido cuidarse las espaldas solo. Y no parecía muy feliz de verlas invadir su espacio. Él se cubrió el rostro con las manos.

—Si van a matarme, que sea rápido —les pidió.

Él actuaba muy bien o no era el asesino de White House.

—Nadie va a matarlo, señor Reegan —dijo Rachel.

—¿Entonces que hacen aquí? —preguntó.

Sofía le dio a Tom su teléfono para que jugaras a los jueguitos y se mantuviera al margen de lo que sucedía, mientras se dirigía al vecino.

—Vinimos a asegurarnos de que se encontrara bien.

—Mejor dicho, vinieron a ver si seguía vivo.

—Entre otras cosas —masculló Cece—. Queremos saber todo acerca de la mujer que vio en el bosque.

Él soltó un bufido.

—Ya no sé qué fue lo que vi.

—Debe hacer un esfuerzo en recordar, señor Reegan —le pidió—. ¿Puedo traerle algo de comer o tomar mientras nos dice que fue lo que vio?

El vecino le lanzó una mirada poco amigable.

—¿Para que puedas envenenarme como lo hiciste con el otro

muchacho?

Cece alzó la vista al techo y resopló.

—Tal vez la mujer que vio en el bosque sea la asesina —murmuró, impaciente—. Y usted queda eliminado de la lista de sospechosos, dado que a su edad no se hubiera expuesto al frío como lo hizo, porque las consecuencias le serían fatales.

—¡Por supuesto que yo no he matado a esas personas! —Gruñó él—. Y sí, pude haber muerto ahí afuera.

Lo poco que había llegado a conocer a su vecino le había bastado para saber que él no era una persona caritativa y no se preocupaba por nadie más que por sí mismo, y no hubiera seguido a una mujer en el bosque para advertirle de la tormenta, tan solo que...

—¿Usted creyó ver a Vivian, verdad? —Le preguntó—. ¿Por eso la siguió?

Él dedicó toda su atención a la manta que le cubría el regazo y la sacudió.

—No sé de qué hablas —murmuró—. La última Vivian que conocí estuve en su funeral hace varios años atrás.

—También creí verla —le contó—. ¿Y si ella intentaba decirnos algo?

—¿Algo como qué? ¿Sígueme viejo estúpido así te rompes la pierna?

Abrió los ojos como plato.

—¿Si Vivian intentaba advertirnos de lo que iba a suceder?

—Los fantasmas no existen —volvió a repetir Rachel, estirando cada palabra—. Sea a quien sea a quien haya visto, era real y de carne y hueso.

—La tal Vivian encerró a mi hijo en un armario y no creo en sus buenas intenciones.

—Tal vez ella quiso protegerlo del asesino de Taylor.

—O no quiso tener testigos mientras cometía el crimen —replicó

Cece.

—Sí buscan más respuestas, deberían interrogar a la persona que más tiempo ha pasado en White House —le recomendó el señor Reegan.

—El ama de llaves —respondieron todas a la vez.

Su vecino acababa de ser eliminado de su lista de sospechoso. Myriam había trabajado en White House toda una vida, ella conocía mejor que nadie los secretos de la familia y si el fantasma de Vivian rondaba la casa, el ama de llaves lo sabría. Exceptuando el caso de que Vivian los estuviera alertando de ella.

Holly fue quien les abrió la puerta de la alcoba del ama de llaves. La muchacha se había quedado junto con Myriam para protegerse a la una a la otra hasta que Jerry llegara con la policía. Ella debía estar asustada y lo estaría peor si supiese que se estaba resguardando con uno de los sospechosos.

—¿Quién es Holly? —preguntó Myriam.

—La señora Smith con sus amigas y un pequeño.

—Qué esperas para dejarlos pasar, muchacha.

Holly se hizo a un lado e ingresaron a la alcoba que estaba apenas visible. Habían cubierto las ventanas con las cortinas pesadas y azules y apagado las luces, dejando solamente la lámpara de noche encendida. Pero lo que más le llamó la atención era que Myriam sostenía un palo de golf sobre el regazo como su arma defensiva. A Taylor la habían matado con un palo de golf. Tragó saliva.

—¿Están todos bien? —quiso saber el ama de llaves.

«No lo sé, dímelo tú, ¿has matado a alguien más con ese palo?». Holly creía que estaba a salvo con ella, pero corría más peligro estando con el ama

de llaves.

—Algunos todavía seguimos con vida —murmuró ella, sin apartar la vista del palo.

Rachel dio un paso hacia delante.

—Está un poco pálida, ¿se ha tomado la tensión? —le preguntó como si estuviese en el hospital en el que trabajaba cuidando a pacientes enfermos.

—Estoy un poco asustada, solo es eso —respondió Myriam, hundiéndose en el sofá.

¡Ja! No volvería a dejar que la engañara su cabello blanco y la fragilidad de ser una mujer mayor. Actuaba como si de verdad tuviese miedo y fuese inocente. Miró de reojo a Holly y quiso ponerla a salvo.

—Deberías medir su tensión, Rachel —comentó.

A Rachel le pareció una buena idea y ella aprovechó la distracción para acercarse a Holly y decirle que se alejara del ama de llaves y que se fuera con Lennon, él iba a protegerla. Holly ya había estado en la habitación donde se guarda los videos de las cámaras de vigilancia, asique no le iba a ser difícil encontrar a su marido. Pero necesitaba un modo de sacarla de allí sin que Myriam notara algo sospechoso.

—¿Podrías traerle a Tom algo para comer, Holly? —Le pidió—. El pequeño no ha comido casi nada en todo el día.

Sofía le sujetó el brazo.

—No creo que sea una buena idea que él coma algo —repuso—. Podría estar envenenado.

—Pero tengo hambre, mamá —farfulló Tom—. ¿Por qué todos están actuando tan extraño?

Sofía sonrió y acarició la cabeza de su hijo.

—Porque estamos jugando —explayó—. Debemos encontrar pistas de un crimen y cuando ganemos el juego, podrás comer todo el helado que

quieras.

—No seas aguafiestas, Sofía —dijo—. Deberías dejar ir a Tom con Holly para que le dé unas galletas.

Sofía la miró ceñuda.

—No dejaré a mi hijo en manos de una muchacha —murmuró, apretando los dientes.

—Confía en mí, sé lo que hago —susurró.

—Te mataré si le sucede algo —masculló en voz baja—. Vale, cariño, ve con Holly para que te dé unas galletas.

Tom dobló el brazo en señal de triunfo y le pidió a Holly galletas de chocolates cuando salían de la alcoba. Sintió un gran alivio al ver que se ponían a salvo. Regresó la vista de golpe a la asesina. Ella supo decirle que White House era toda su vida, y que mejor modo de quedarse con la residencia que eliminando a sus dueños. Se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—¿Taylor nunca fue de su agrado, verdad?

—La señora Smith podía ser a veces un poco desagradable, pero no merecía acabar así —respondió, llevándose una mano al pecho—. Nadie merece una muerte como esa.

Apretó los labios.

—¿Dejé de fingir, Myriam! —Chilló—. Admita que usted ha sido quien lo hizo.

—¿Qué? —Gimió ella, alterada—. No he matado a nadie ¡Lo juro! ¿Por qué lo haría?

—Deberíamos tranquilizarnos todos —pidió Rachel—. ¿Por qué piensas que ella ha sido la que cometió los crímenes?

—Porque tiene un palo de golf en las manos —repuso—. A Taylor la mataron con uno.

—¡Intentaba protegerme! —se defendió Myriam.

—Ella no ha sido —comentó Cece, mientras husmeaba la alcoba.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque recordé que ella estaba en la sala con nosotros cuando mataron a Taylor.

El ama de llaves empezó a llorisquear y se limpió la nariz con un pañuelo.

—Buen Dios, no he matado a nadie —murmuró con un ataque de histeria—. No quiero ir a prisión por crímenes que no cometí.

Rachel le lanzó una mirada de enfado, a la vez que acariciaba la espalda de Myriam para calmarla.

—Nadie la llevará a prisión si es inocente.

—¡Soy inocente!

Y ella había vuelto a meter la pata hasta el fondo.

—Lo siento... es que... cuando la vi con el palo de golf uní los cabos sueltos y creí...

—¿Qué la había matado? —El ama de llaves había pasado de la histeria al enojo—. ¡La familia Smith creó su imperio fabricando palo de golf! —Exclamó—. No hay rincón de White House que no se encuentre uno.

Sofía chasqueó la lengua.

—¿Eso significa que mi hijo en este momento corre peligro? —Fue más una afirmación que una pregunta—. Voy a matarte, Alegra —y eso sí sonó a una amenaza.

—Tranquila, él ahora está con Lennon.

—Interesante —masculló Cece—. ¿Ella es Vivian? —les preguntó, mientras sostenía un portarretrato dónde salía Vivian con sus padres y llevaba el mismo tapado rojo con el que la había visto en el bosque.

Ella asintió con la cabeza.

Cece se dirigió al ama de llaves.

—¿Usted se ha encontrado a esta mujer por la casa? —le interrogó, señalando a Vivian en la foto con el dedo.

—¿Acaso es una broma de mal gusto?

—Me he encontrado a Vivian en el bosque —le contó—. Y el señor Reegan también cree haberla visto.

—Quiero que salgan todas de mi alcoba ahora mismo —les pidió—. Primero me acusan de cometer un asesinato y ahora no dejan que los muertos descansen en paz. ¡Largo! —gruñó.

Rachel puso los brazos en jarra y alzó el mentón.

—Pero primero nos responderá algunas preguntas —se plantó con firmeza su tierna amiga—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Taylor?

—Temprano a la mañana, cuando le llevé su café a la alcoba.

—¿Notó algo extraño en ella? —agregó Sofía.

—Había discutido con su marido, pero eso era habitual entre ellos —recordó—. Ella lloraba mientras armaba unas maletas.

Abrió los ojos en par en par.

—¿Andrew sabía que ella iba a dejarlo?

—No lo sé, supongo que sí —contestó.

—Y ya tenemos a nuestro asesino —replicó.

—¿Ustedes creen que él...? —Sacudió la cabeza—. Andrew pudo haberle gritado a su esposa mientras discutían, pero no matarla.

Sofía dobló los brazos alrededor de la cintura.

—Él no soportó que su mujer lo fuera a dejar y la mató —expresó su teoría en voz alta—. Desde un principio supe que él era el responsable de los crímenes. Caso cerrado.

—No estará cerrado hasta que interroguemos a Andrew.

Aunque fuese el único sospecho de la lista que les quedaba.

17. UN NUEVO SOSPECHOSO

PROBABLEMENTE no era una buena idea enfrentarse a su único sospecho cara a cara. Andrew alzó la vista hacia ellas cuando ingresaron a su despacho. Él se reclinó en su silla de respaldar alto y esbozó su arrogante sonrisa.

—Se estaban tardando demasiado —masculló, dejando el libro que tenía en sus manos sobre el escritorio.

Achicó los ojos.

—¿Cómo sabías que vendríamos?

—El niño me dijo a qué estaban... *jugando* —respondió, acentuando la última palabra.

—¿El niño? —repitió Sofía.

—Hola mamá —murmuró Tom, que estaba recostado sobre el sofá de cuero.

—¡Tom! —Gimió Sofía—. ¿Qué haces aquí?

—Holly me pidió que esperara con el señor Andrew mientras iba por mis galletas.

Las facciones de Sofía adquirieron una expresión decididamente aterradora. Ella se rascó la nuca y una risa horrorizada brotó de sus labios.

—Él está bien, ¿verdad?

—¡Saca tus pies del sofá, niño! —Gritó Andrew—. Es demasiado caro para que lo estropees.

—No le grites a mi hijo.

Él enarcó una ceja.

—Entonces edúcalo mejor.

De repente, Andrew cayó sobre su escritorio cuando Cece lo golpeó en la cabeza con un trofeo que había sacado del estante que él tenía a sus espaldas. Ella se llevó una mano a la boca.

—¿Qué has hecho? —Musitó, perpleja—. Él está...

—Todavía respira —dijo Rachel al tomarle el pulso.

—Uuu... —gimió Tom—. ¿También puedo golpearlo? El juego de los grandes parece divertido.

Sofía cogió un puñado de lapiceras del escritorio y se lo dio a su hijo.

—No, claro que no puedes golpearlo —contestó—. Dibuja un rato, mientras nosotras acabamos el juego.

—Pero no tengo papel.

—Utiliza el sofá.

—¡Súper!

Cece ató las manos de Andrew con el cordón de las cortinas antes de que despertara. Él empezó a moverse de la silla y abrió los ojos. Ella sacó de la vitrina el primer palo de golf que la familia había creado y lo apuntó con él por si hacía un movimiento extraño.

—¡Joder! —Chilló—. ¡¿Pero qué coño me han hecho?!

—¡Él dijo una palabra mala! —exclamó Tom.

—No digas la palabra mala delante de mi hijo.

—Entonces desátenme ahora mismo —rugió a través de los dientes.

Frunció el ceño y agregó—: ¿Quién me ha golpeado en la cabeza?

—La tía Cece —respondió Tom.

—Cierra la boca, pequeño —le pidió Cece.

—No soy pequeño.

—Sigue dibujando, Tom —le ordenó su madre.

—¡Por todo los cielos! ¡Tú hijo está pintando mi sofá!

—¿Es un buen artista, verdad?

—¿Te has vuelto loca? Dile que se detenga o juro que...

Ella le giró el rostro con el palo de golf.

—No te atrevas a amenazar a mi amiga.

Andrew entornó los párpados.

—¿Tienes en tu mano la reliquia de la familia? —Echó la cabeza hacia atrás y exhaló una bocanada de aire—. Vale, no hace falta todo este circo, me dará un ataque al corazón. El niño está dibujando sobre un sofá valuado en miles de libras y la comprada esposa de mi primo, tiene en sus manos el primer palo de golf de White House —gruñó.

Ella lo miró por encima del hombro, sujetando el palo con las dos manos.

—Ya sabemos que tú mataste a tu esposa.

Él puso los ojos en blanco.

—Aunque siga insistiendo en que no fui, igual no van a creerme.

—La mataste porque ella iba a dejarte —añadió Cece.

—Iba a dejarme porque yo se lo pedí.

—¡Ja! Sí, claro —masculló ella.

—¿Lennon sabe que me han amarrado a una silla?

No, él la hacía encerrada en el tocador de su alcoba.

—Podía verse en tu cara que no amabas a Taylor —lo espetó—. No puedes engañarnos.

—No estoy negando que había dejado de amar a Taylor —farfulló—. Mi esposa me engañaba e íbamos a divorciarnos.

—¿Y porque Myriam la encontró llorando?

—Porque le quité mis tarjetas —respondió—. Descubrí que ella nunca estuvo embarazada y que estaba tomando las píldoras todo el tiempo en el que buscábamos un hijo.

Ella dejó de apuntarlo con el palo y recordó la tableta de pastillas

anticonceptivas que a Taylor se la había caído del bolso. Una parte de su relato era verídica.

—Y esa es una buena razón de enfadarse y querer matar a alguien.

—¿Y por qué iba a ensuciarme las manos cuando ella finalmente había accedido al divorcio? —Les cuestionó—. Ustedes mismas mencionaron que Taylor armaba sus maletas.

—¡Tú mataste a tu esposa, cabrón! —chilló Saofía.

—Esa fue la palabra mala que usó Holly después de besarlo... —arrugó la nariz— en la boca.

Todos en la habitación dirigieron la vista hacia Tom.

—¿Cómo dices?

—Que Holly lo besó.

Ellas volcaron toda su atención en Andrew esperando su respuesta.

—No sé porque dice eso el niño.

—Se besaron como la tía Alegre besó al tío Lennon en la boda —profundizó Tom.

—Mi hijo no miente, bastardo.

—Has dicho otra palabra mala, mamá.

—Lo siento, cariño, mamá no volverá a hacerlo.

—¿Tu y Holly son amantes? —le cuestionó, aunque era una obviedad que lo eran.

—Vale, tuve un romance con ella mientras mi matrimonio no funcionaba —admitió—. Pero ya no existe nada entre nosotros.

La situación había dado un giro inesperado. Holly nunca había estado en su lista de sospechosos y tenía una buena causa de querer asesinar a Taylor. Sus amigas y ella estuvieron de acuerdo con que el interrogatorio había acabado. Debían hacerle varias preguntas a su nueva sospechosa.

—¿A dónde se van? —Gritó Andrew—. No pueden dejarme atado en

la jodida silla.

Sofía se volvió hacia él y le sonrió.

—Todavía sigo creyendo que eres tú el asesino —murmuró, antes de cerrar la puerta del despacho.

18. EL ASESINO SE REVELA

LA HABITACIÓN de Holly no lucía como la de una asesina. Cece había querido que revisaran entre sus cosas cuando no la hallaron en la alcoba. Ella resopló mientras abría los primeros cajones de la mesa de noche. Pensaba que era una pérdida de tiempo lo que hacían, ¿qué sería lo más extraño que podrían encontrar? Un vibrador. Ella lo volvió a dejar en la mesa de noche.

—Holly no puede ser la asesina —murmuró—. Ella es una muchacha dulce —abrió los ojos como plato—. ¡Hija de perra! —Chilló, cuando halló debajo de la almohada el diario íntimo de Vivian—. ¡Ella fue quien me lo robó!

Cece frunció el ceño.

—¿Y para qué diablos Holly querría el diario de tu amiga?

—Intenten no maldecir delante de mi hijo —les pidió Sofía—. ¿Podrías ocultarte en el armario mientras los adultos hablamos, cariño?

Tom asintió con la cabeza y se metió.

Rachel se cruzó de brazos.

—Tal vez el diario tenga información que la compromete —concluyó.

—Imposible —farfulló—. Holly no conoció a Vivian y además, hace seis meses que empezó a trabajar en White House.

Tom abrió la puerta del armario de golpe y salió gritando con una peluca rubia en la cabeza.

—¡Soy un monstruo! —chilló él.

Ellas se rieron e hicieron de cuenta que se habían llevado el susto del año.

Rachel hizo una mueca con la boca, pensativamente.

—Creo tener una explicación...

—¿Qué estás buscando? —le preguntó, al tiempo que observaba como revisaba entre los abrigos de Holly.

—Como lo imaginé —masculló Rachel.

Cece soltó un bufido.

—Ya deja el misterio y dinos que ocurre.

Rachel les enseñó el tapado rojo de Holly y cogió la peluca rubia que Tom se había puesto en la cabeza y dijo:

—Les presento a la mujer del bosque.

Parpadeó.

—¡Joder!

Sofía alzó en brazos a su hijo y añadió:

—Por eso ella quería el diario, para saber más cosas acerca de Vivian y poder engañarlos.

—Y no le alcanzaba la fotografía que Myriam tenía en su alcoba en donde Vivian salía con su tapado rojo —agregó Cece.

—Les dije que los fantasmas no existían y que era una mujer real a la que veían —les recordó Rachel.

Se sintió una idiota al creer que Vivian intentaba comunicarse con ella. Holly era un monstruo por jugar tan cruelmente con las emociones de las personas. Ella había sido todo el tiempo. Se volteó cuando oyó que aplaudieron a sus espaldas.

—Las subestimé al pensar que nunca hallarían la respuestas —musitó Holly, apuntándolas con un arma.

—Uuu... ella tiene un arma —gimió Tom—. ¿Me la prestas Holly?

—Es un juguete caro y no creo que Holly quiera préstatela, cariño.

—Pero no voy a romperla.

—Haz que tu hijo mantenga la boca cerrada.

Ella dio un paso hacia delante.

—Es solo un niño —lo defendió—. Deja que mis amigas se vayan.

Holly exhaló una bocanada de aire.

—Ya es tarde para eso, no debieron meter sus narices en mis asuntos.

—No diremos nada —murmuró Rachel.

Holly sacó un frasco pequeño del bolsillo izquierdo de su uniforme y puso unas gotas del contenido en la jarra de agua que estaba sobre la mesa baja de caoba.

—Me aseguraré de que nadie hable —apuntó la cabeza de Cece con el revólver y le ordenó—: Sírrete agua en el vaso y bebe.

Tragó saliva.

—No lo hagas Cece —le pidió—. Debe ser el mismo veneno que mató a Luke.

Cece la miró por encima del hombro con los ojos entornados.

—Gracias por avisarme, porque no había dado cuenta de ese detalle —dijo ella con evidente sarcasmo.

—Es una muerte rápida y no tan dolorosa, ¿o prefieren una bala para cada uno?

Vio toda su vida pasar en milésimas de segundos. Miró hacia la puerta con la esperanza de que Lennon apareciera. Todavía tenía tantos sueños que cumplir. Se llevó una mano al vientre. Ella no iba rendirse tan fácilmente. Su hijo iba a nacer y ella lo vería graduarse en la mejor universidad. No dejaría que una perra mal nacida se saliera con la suya. Pero primero debía ganar tiempo.

—¿Por qué haces todo esto? ¿Es por dinero? Mi marido es millonario y él puede transferirte la cifra que quieras a una cuenta bancaria —explayó—. Solo di cuánto dinero quieres.

Holly soltó una risita.

—Lamento que tu vida de casada te haya durado tan poco. Se notaba que tu marido te amaba —comentó en un tono que no le gustó nada—. Y no quiero tu dinero.

—¿Por qué hablas en pasado? —temió saber la respuesta.

—Porque tu esposo también descubrió que era la asesina y con él sí usé una bala.

Rachel la sostuvo entre sus brazo cuando creyó que iba a desvanecerse. Era su culpa. Lennon había muerto por su culpa. Ella había enviado a Holly con él.

—Nunca quise matar a nadie.

—¿Andrew te lo pidió, verdad? —Le preguntó Sofía—. No tienes por qué seguir obedeciéndolo, lo hemos amarrado en su despacho y él ya no podrá hacerte daño.

—¿Crees que Andrew me ha pedido que hiciera todo esto?

—¿No fue así?

—Quise demostrarle que yo lo amaba de verdad, no como su esposa golfa que se acostaba con otros hombres —respondió—. Sabía cuánto Andrew deseaba White House y de repente, aparece su primo con su nueva mujer e intenta arrebatárselo. Quise echarlos por las buenas haciendo aparecer a la hermana muerta, pero en vez de asustarlos, se empeñaron en buscar más respuestas.

—¿Y por eso me robaste el diario de Vivian?

—Intentaba encontrar algo para que el fantasma de la hermana de tu marido fuese más real —contestó—. Pero me llevé una gran sorpresa con lo que leí...

¿Qué había leído ella?

—Andrew iba a divorciarse, ¿por qué matar a su esposa? —la

interrumpió Rachel.

—¡Porque él me dejó por culpa de Taylor! —Chilló—. Ella había revisado los videos de vigilancias y vio las grabaciones en donde estaba con Andrew. Taylor fue a buscarme y tuvimos una fuerte discusión, luego ella le contó a su marido que la había golpeado y Andrew se enfureció y terminó conmigo. Solo... solo quise demostrarle cuanto lo amaba.

A ella se le escapó un gemido de los labios.

—¿Llamas amor al matar a personas inocentes? —le cuestionó, furiosa.

—Taylor se mereció lo que le sucedió por haber interferido en lo que había entre Andrew y yo. ¡Pero el capullo no merecía nada de todo lo que hice por él! —Se psicoanalizó en voz alta—. Iba hacer que White House quedara para Andrew.

—¿Matándonos a todos? —replicó Sofía.

Holly enderezó los hombros y volvió a volcar toda su atención sobre Cece y acercó el arma a su cabeza.

—Pero haré un cambio de planes y les diré a todos que ha sido Andrew quien los ha matado —les dijo—. Ahora bebe el agua antes de que llegue la policía —le ordenó.

No dejaría que esa perra le quitara a otra persona que amaba. Apretó la mandíbula y sin pensar en las consecuencias, le quitó a Cece el vaso de las manos y lo arrojó al suelo.

—¡Nadie más va a morir! —Rugió, también deshaciéndose de la jarra con agua envenenada.

—¡Genial! No me has dejado más opción que utilizar las balas.

—¡Sí! —Gritó Tom, emocionado, creyendo que todo era parte de un juego.

Cerró los ojos y esperó a que ella jalara el gatillo. Sin Lennon a su

lado ya no hallaba sentido a nada. Se enjuagó las lágrimas que corrían por sus mejillas y alzó el mentón con dignidad. Sacudió los hombros cuando oyó un ruido seco, pero no era precisamente el sonido de un disparo. Abrió los ojos de golpe y observó a Holly tirada sobre el suelo. Andrew había logrado desatarse y aparecido en el momento preciso.

—¡Maldición! —gruñó él, al notar que había dañado el primer palo de golf que había fabricado la familia.

Cece se agachó y tomó el arma de Holly antes de que despertara.

—¿Están todos bien? —preguntó Andrew.

—Sí, creo que sí —murmuró Rachel, aturdida.

La vista se le nubló debido al subidón de adrenalina que acababa de tener. Apoyó la espalda contra la pared cuando las piernas se le aflojaron y rompió a llorar.

—Lennon —balbuceó—. Hay que ir a buscarlo.

Rachel le tomó las manos y la ayudó a respirar para tranquilizarla y que no entrara en shock.

—¿Por qué Holly no se levanta del piso, mamá? —quiso saber Tom.

Sofía le dio un beso tierno en la frente.

—Porque ella acaba de perder el juego, cariño —respondió, mientras lo sacaba de la alcoba.

Andrew la retuvo en la puerta, sujetándola del brazo y le susurró al oído:

—Espero oír sus disculpas por haberme atado a una silla.

—Nada de esto hubiera sucedido si no te hubieras acostado con la empleada, tus acciones provocaron la... ¡Oh, por Dios! —Gimió—. ¡Lennon!
—Exclamó—. ¡Alegra, Lennon está aquí!

El corazón iba a estallarle de tanta felicidad. Ella abrazó a su marido y lo besó con necesidad.

—Nunca más me hagas esto —murmuró entre sollozos—. Creí que te había perdido.

Él ahuecó una mano en su mejilla y esbozó una media sonrisa.

—¿Qué crees que fue lo que sentí cuando no te vi en nuestra habitación?

—Lo siento... quise... quise hallar al culpable —repuso, dándole un sinfín de besos—. Y puse tu vida en peligro al decirle a Holly en donde estabas. Tuve tanto miedo cuando ella dijo que te había disparado.

Lennon perdió el equilibrio y se había puesto tan blanco como el papel.

—¿Te sientes bien, cariño? —le preguntó, secándole la transpiración de la frente con la mano.

—No es nada grave...

Sintió una humedad en el abdomen. Bajó la vista y halló su ropa manchada con sangre. Sangre que no era de ella. Abrió la chaqueta oscura de Lennon y observó una herida en su costado derecho. Holly no le había mentado. Ella sí le había disparado a su marido.

—¡Madre mía! —Chilló—. ¡Estás sangrando, cariño!

—Es solo un rasguño, nena —dijo él, antes de perder la conciencia.

Andrew la ayudó a recostarlo sobre la cama y Rachel le quitó la camisa para ver su herida.

—¡Jerry acaba de llegar con la policía! —avisó Cece.

—Ya era tiempo de que él regresara —farfulló Andrew, pero ese era el pensamiento de todos.

19. LOS CABOS SUELTOS SE ATAN

Una semana después...

SONRIÓ cuando despertó y sintió la fragancia del perfume de Alegra. Entreabrió los párpados y la encontró sentada en la butaca que estaba a un lado de la cama. Ella no se había movido de su lado en ningún momento, cada vez que abría los ojos, su esposa lo trataba como si fuese un enfermo terminal. Pero admitía que su cariño y atención lo estaba ayudando a recuperarse más rápido, hasta a veces exageraba un poco por el solo hecho de recibir un beso más. Él había tenido suerte de que la bala le saliera por un costado sin dañarle ningunos de sus órganos vitales. Sintió una punzada de dolor en la herida cuando se movió.

—¿Cuándo me darán el alta? —quiso saber.

Alegra lo miró por encima del libro que estaba leyendo.

—Dentro de unas horas, y no sabes cuánto deseo de que salgas por esa puerta para no tener que volver a escuchar esa pregunta.

—Y yo que pensaba que te gustaba cuidarme —replicó.

—Me gusta cuidarte, cariño, pero odio oírte quejar —le aclaró—. Hasta Tom, que es un niño, es mejor paciente que tú.

Se llevó una mano al pecho y suspiró.

—Me rompes el corazón.

Ella se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y se mordisqueó el labio inferior. Sabía que intentaba decirle algo, pero dudaba en hacerlo. Los últimos días, habían logrado una conexión que parecía mágica, como si llevaran años de matrimonio. Había estudiado cada uno de sus gestos y que ella en ese momento se estuviera mordiendo las uñas, lo puso algo nervioso.

—Ya di lo que intentas decirme o te comerás todos los dedos.

Alegra sacó de su bolso un sobre blanco y se lo entregó.

—Son los resultados del análisis de sangre que me hice.

Frunció el ceño.

—Pero todavía sigue cerrado.

—Lo sé —repuso—. No me atreví a mirarlos, ¿soy una cobarde, verdad?

Él chasqueó la lengua.

—Absolutamente, cariño.

—Mejor no lo abras —le pidió, intentando recuperar el sobre.

—Por supuesto que voy a abrirlo —dijo—. Y te diré el resultado antes de mirarlo: esperas al futuro heredero Smith.

—O heredera —añadió ella.

—Luego vendrán las niñas.

Alegra levantó sus tupidas y arqueadas ceja.

—¿Planeas tener más hijos?

—¿Tú no?

Sus ojos azules se iluminaron y su corazón le dio un vuelco.

—Qué esperas para abrir el jodido sobre —murmuró ella, ansiosa.

Rompió el papel y sacó los resultados de la prueba, la mantuvo unos segundos entre sus manos para darle más misterio a la situación. Movié los ojos a medida que leía. Sintió una opresión en el pecho y no era precisamente por la herida de bala que había recibido. Empezó a sudar y las manos le temblaban.

—¿Y? —preguntó ella, esperando una respuesta.

A él se le había estancado la respiración en la garganta y no podía decir una palabra. Alegra se levantó de la butaca de un salto y empezó a recorrer la habitación, llevándose una mano a la frente.

—¡Te lo dije! —Gruñó—. No debí hacerme ilusiones hasta no tener la prueba de sangre. ¿Y si no puedo tener hijos? Nunca vi venir esa posibilidad.

—Vamos... vamos a ser padres —balbuceó él.

—¿Pero si el problemas son tus espermatozoides y ellos no son tan activos como tú crees?

Bajó la vista a sus entrepiernas y sus cejas oscuras se unieron.

—Tú sí que sabes hacer sentir mal a un hombre —explayó—. Te he dicho que vamos a ser padres ahora, no en un futuro. Estás positivamente embarazada.

Ella se detuvo en seco y lo miró con los ojos abiertos en par en par.

—¿Lo estoy? —Él asintió con la cabeza y ella continuó—: ¡Sabía que estaba embarazada! ¡Lo supe todo el tiempo!

Ni por todo el dinero del mundo él iba a atreverse a contradecirla.

—¡Oh, por Dios! —Gimió, dando brincos—. ¡Vamos a ser padres, cariño!

Ella rodeó la cama y se acostó a su lado, apoyando la cabeza contra su pecho.

—¿Estás asustado?

—Aterrado —respondió. Llevó la mano a su vientre y se lo acarició—. Pero estoy convencido de que haremos un buen trabajo en equipo.

Alegra alzó la vista hacia su rostro y sonrió.

—Te amo, cariño —dijo—. Y por lo que más sea, quiero que tengamos nuestra luna de miel y que no haya ningún cadáver de por medio.

Él le sujetó la barbilla y le rozó los labios con la boca.

—También lo deseo, nena.

—Debo decirte algo —murmuró ella, contra la comisura de sus labios. Echó el rostro hacia atrás y la miró a los ojos.

—¿Y eso significa que no podré continuar besándote hasta que no te

escuche?

—Terminé de leer el diario de Vivian —le contó.

Sí, eso era lo que significaba. Puso su mejor cara de interés para que su esposa continuara.

—Y descubrí quien fue su amor secreto.

—¿Ah, sí? —inquirió, ahuecando una mano en su pecho.

Ella revoleó los ojos y se la apartó.

—Cuando salgas de aquí tendrás tiempo para esto —lo regañó—.

¿Acaso no te intriga saber quién es ese hombre?

Resopló e hundió la cabeza en la almohada.

—¿Lo conozco?

Su esposa asintió con la cabeza.

—Pues dílo de una buena vez mujer.

—Es un Smith.

La saliva le empezó a espesar cuando tragaba.

—¿Quién has dicho?

—Vivian se había enamorado de uno de sus primos —repitió.

Su mente había quedado en blanco. ¿Un primo? El único primo que se le venía a la cabeza era Jerry. Apretó los puños y empezó a tomar temperatura. Iba a matarlo.

—Esa debió ser la razón por la que Vivian lo mantuvo en secreto —ella siguió comentando como si nada.

—¡Joder! ¡Enamorarse de su primo se llama incesto!

La puerta de la habitación se abrió e ingresó el capullo que pervirtió a su hermanita.

—¿Cómo está el paciente? —Preguntó Jerry, divertido—. ¿Preparado para regresar a casa?

—¡Tú! —rugió.

—No me gusta tu tono, cariño —murmuró su esposa.

Él se levantó de la cama y le importó una mierda llevar una bata que estaba toda abierta en la espalda y se viera su trasero.

—¡Maldito perverso voy a matarte!

Jerry frunció el ceño.

—¿Qué parte me he perdido?

Extendió el brazo para darle un puñetazo en la cara, pero Jerry se movió tan rápido que lo erró y volvió a intentarlo con su mano izquierda, y esa vez su puño terminó en la pared. Él sacudió la mano e hizo un gesto de dolor.

—¡Detente, Lennon! —Gritó Alegra—. ¡Te estás comportando como un loco!

—¿Qué demonios te sucede? —Gruñó Jerry—. ¿Has perdido el juicio?

Apartó a su primo cuando intentó verle la herida de la mano.

—¿Cómo pudiste tener un romance con Vivian?

Jerry lo miró como si no supiese lo que le estaba diciendo.

—¿Están seguros de que la bala no quedó perdida en tu cerebro? —Farfulló—. Porque es la única explicación que encuentro a las locuras que estás diciendo.

Alegra sacó un pañuelo de su bolso y le vendó la mano, a la vez que lo devoraba con la mirada.

—Jerry no es el hombre secreto —murmuró despacio.

—¿Y quién coño es?

Ella pestañó.

—¿Crees que te lo diré luego de ver la escena que acabas de armar?

Jerry puso los brazos en jarra y sacudió la cabeza.

—¿Podrían explicarme a qué vino todo esto?

Andrew se apareció en la habitación y se quitó la bufanda del cuello.

—He hablado con el doctor y ya ha firmado el alta —les contó—. Debemos apurarnos porque el único espacio que hallé para aparcar el coche, es para personas con discapacidad.

Achicó los ojos y empezó a ver todo en color rojo, como los toros.

—Siempre fuiste un malnacido, pedazo de mierda —dijo a través de los dientes apretados.

—Vale, lo siento, no volveré a estacionarme en sitios para discapacitado.

—Ese no será un problema porque saldrás de aquí en silla de ruedas —gruñó, haciendo uso de su mano sana para darle un golpe certero en la cara —. Levántate del suelo así te golpeo otra vez.

—¡Joder! ¡Me has roto la nariz!

Alegra miró al techo y resopló.

—¡No vas a golpear a nadie! —Chilló—. ¡Deja de comportarte como un crío, Lennon!

—Él se propasó con mi hermanita.

Andrew arrugó el rostro.

—¿Qué yo qué? ¿De qué demonios hablas?

Jerry ayudó a su hermano a levantarse del suelo.

—A mí también me acusó de lo mismo cuando llegué —comentó.

—Pero tú no recibiste un golpe —replicó él.

—Porque lo esquive...

Su esposa lo obligó a sentarse en la cama, mientras chequeaba que la herida de bala no se hubiera abierto.

—Hazte cargo de lo que hiciste, cabrón —continuó—. Espera a que me recupere que te patearé el trasero.

Andrew se limpió la sangre de la nariz con la bufanda y luego lo

señaló con un dedo.

—Si continuas con esa actitud, me importará una mierda que estés todo averiado y te devolveré el golpe.

Jerry se rascó la nuca y soltó un bufido.

—¿Puedes explicarnos a que viene todo esto? —le pidió.

Él miró a su esposa y luego a sus primos.

—Alegra descubrió que Vivian tenía una relación amorosa con uno de sus primos, ¿es Andrew, verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero en vez de enojarte, deberías estar agradecido —su esposa dirigió la vista a Andrew y añadió—: Gracias por haber hecho feliz a Vivian en sus últimos días.

—No le agradezca a este capullo. Él debería estar preso.

Soltó un gemido cuando su esposa lo golpeó en la cabeza.

—¡Madre mía! Pero si los dos deberías estar en un hospital psiquiátrico. ¿De dónde diablos han sacado que yo tenía una relación con Vivian? ¡Joder ella era mi prima!

—Además que tú eras mayor y mi hermana una nena —le recordó.

—Vivian escribió en su diario íntimo que te veía a ti a escondida y que disfrutaba de esos encuentros más de lo que imaginaba.

Andrew se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—¿Y tú supusiste que esos encuentros eran de índole románticos?

Apretó los puños para controlar su furia.

—¿Y por qué otros motivos ibas a reunirte con mi hermana en secreto?

—Tal vez sea porque me pidió que la ayudara con sus clases de matemáticas para poder ingresar a la universidad —les contó—. Accedí a darle algunas lecciones y ella descubrió que no era el ogro que toda mi

familia cree que soy.

—Tu historia no encaja la parte de porque lo mantenían en secreto.

—Porque Vivian era una Smith, y enseñar las debilidades no forma parte de la familia —respondió—. Ellas quiso darles una sorpresa cuando la admitieran en la universidad que quería.

—¡Oh, por Dios! Recuerdo lo feliz que estaba cuando sus calificaciones subieron —dijo Alegra—. ¿Por qué me hizo creer que estaba saliendo con alguien?

—Para no admitir que recibía ayuda.

—Así somos los Smith —intervino Jerry.

—¿Entonces no tuviste nada con Vivian? —le preguntó.

—¡No! —Lo negó otra vez—. ¡Maldición! Creo que me has corrido el tabique.

Se sintió fatal luego de que el asusto fuera aclarado.

—Cariño, debes ser más cuidadosa cuando lanzas acusaciones de este tipo —murmuró él, arrastrando las palabras—. Todo ha sido un mal entendido.

Alegra volvió a golpearlo en la cabeza.

—No me eches la culpa de tu comportamiento bárbaro para resolver tus problemas. Ahora pídele disculpas a tu primo.

Respiró hondo y trató de enseñar su mejor sonrisa.

—Lo siento...

—¿Lo sientes? ¡Me rompiste la nariz, cabrón!

—Te daré White House para compensar el golpe —dijo—. Tú te has encargado de la empresa de la familia y debió ser siempre tuya.

Andrew lo miró en silencio por un momento. Parecía sorprendido por su decisión, igual que los demás, sobre todo su esposa que lo observaba con admiración. Había ganado un buen revolcón para esa noche. Sonrió.

—¿Y también me darás los cincuenta millones?

—Tampoco soy idiota, Andrew —replicó.

—Oh, vale, solo quería asegurarme.

Jerry se aclaró la garganta.

—¿Acaso seré el único de la familia que el abuelo no lo mencionó en su testamento? ¡Hasta los perros aparecieron! Ellos ya tienen asegurados una parcela en el cementerio.

—Te dejaré White House si me muero sin dejar herederos —repuso Andrew, divertido.

Jerry lo miró ceñudo.

—Pensé que yo era tu primo preferido —le reclamó.

—Lo eres, por eso siempre tendrás mi amistad.

Jerry puso los ojos en blanco.

—Hubiera preferido White House.

A él se le escapó una risotada y se llevó una mano en la herida cuando le dio una punzada. Había regresado a su familia después de tantos años de querer alejarlos. Sujetó la mano de su esposa y la besó. Pero lo mejor estaba por venir. Envejecer al lado de la mujer que amaba.

—Deberíamos irnos para no hacer esperar a los invitados —comentó Jerry.

—¿Qué invitados?

—Era una sorpresa, Jerry —dijo Alegra, apretando la mandíbula.

—Te espera una fiesta de bienvenida cuando llegues a tu casa —le contó—. Pero ahora tendrás que hacerte el sorprendido.

—¡Joder, Alegra, odio las sorpresas! —chilló.

—Entonces tendré que tirar a la basura la lencería que compré para la sorpresa que te tenía preparada para esta noche.

—¡Pero si me encantan las sorpresas!

EPÍLOGO

Borácay, Filipinas

UNA SEGUNDA ceremonia de boda, merecía una segunda luna de miel. Lennon había organizado el viaje para borrar el tras pies que habían tenido en el primer intento al cumplir su tercer aniversario de casados. Pero esa vez sería diferente, no existían intereses de por medio, solo había amor. Las olas rompían en las orillas de la playa, mientras oían a Cece citando un poema como cierre de la pequeña ceremonia que habían improvisado. El anaranjado atardecer hacía un ambiente mágico. Pero al verdadero mago lo tenía delante de sus ojos. El hombre que la hacía feliz. El padre de su hijo.

—Y como nadie se opone, los novios pueden besarse —terminó Cece.

Lennon tomó su rostro entre sus manos y la besó, hasta que sus invitados empezaron a bañarlos con champaña. Se sujetó la corona de flores que llevaba en el pelo para que el viento no se la llevara.

—Ya váyanse a una habitación, que para eso hicieron todo este numerito —murmuró Jerry, divertido.

Entornó los párpados.

—No sé porque te hemos incluido en nuestras vacaciones.

—Para que cuiden de nuestro pequeño, cariño —le recordó su marido.

—Oh, sí, pero con Rachel era suficiente.

Rachel le lanzó una mirada astuta por debajo de las pestañas, mientras se quitaba la arena de sus sandalias bajas.

—También tengo hijos y un marido que se comporta como un niño. Merezco estas vacaciones en el paraíso.

Ella se rió.

—Vale, lo siento.

Cece abrazó a su esposo y lo besó.

—Además, él tiene que aprender a cambiar pañales para cuando nazca nuestro hijo —añadió, acariciándose su abultado abdomen.

Andrew les gritó que se marcharan antes de que se arrepintieran de ser niños de su hijo, mientras ayudaba a Tom a volar una cometa que decía recién casados. Lennon no se lo pensó dos veces y la alzó en los brazos, y la cargó hasta la habitación del resort que tenían a pocos metros. Él se detuvo en la entrada de la puerta y la miró fijamente a los ojos. Ella se inclinó y apoyó la frente contra la suya, luego le dio un beso tierno en la punta de la nariz.

—Lo hicimos otra vez, cariño.

—Pero esta vez sí disfrutaremos de nuestra noche de bodas —le comió la boca de un beso—. Eres solo mía, Willy-Pop.

Él colgó un cartelito en el pomo de la puerta del lado del corredor que decía: NO MOLESTAR.

Próxima novela: «*Corazón furtivo*»

Andrew y Sofía probarán que no son tan diferentes como creían.